# LA MÁQUINA DE LA FANTASÍA

## *Antología de Cuentos de Don Genaro*

ARIEL FRANCISCO SANSOLINI

*A l@s escritores independientes,*
*artesanos de la palabra que desbordan el tintero.*

*A l@s hacedores facilitadores de libros independientes,*
*amantes de las poesías más que de los bolsillos.*

*A l@s artesanos y artistas*
*que no les alcanzan las noches ni el vino*
*y recuperan las calles, la luna, los montes.*

*Brindo porque son y están.*
*Salú*

*A Hada Yaretzy*
*y Matías Ezequiel,*
*siempre*

# "LA MÁQUINA DE LA FANTASÍA"

*-Antología de cuentos de don Genaro-*

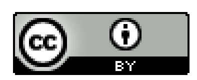
Co-creado por **Ariel Francisco Sansolini**

arielfranciscosansolini@gmail.com

3ra edición: Versión digital, 144 págs.

Flor de Papel Ediciones Gráficas

Villa Ciudad Parque, Córdoba, 2019






1ra Publicación: 2013, VCP.- 50 ejemplares

2da Publicación: 2014, Bs As.: 300 ejemplares

Impresión y armado: **Plat Grupo Impresor**, C.A.B.A.

***I***maginé una puerta.

Suspendida en la oscura inmensidad del Cosmos. Latente. Expectante.

Quise alcanzarla, develar su secreto. Así que para que la puerta no se esfumara en lo fugaz de una mera proyección mental, me resultó imprescindible intervenir ese instante. Como un superhéroe de historieta, brotó en mí una tarea irrenunciable: debía embarcarme en el interior de esa puerta, descubrir los paisajes que me mostrase, y traerlos de regreso conmigo como un tesoro para la humanidad. Pero, ¿cómo?

Surgió así la posibilidad de crear una *máquina fantástica,* que primero anclara la puerta en un lugar y en un tiempo definido, por ejemplo éste aquí y ahora, y luego me ayudase a re-proyectar los paisajes, las aventuras, trayéndolas al alcance de la mano... de una lectura. Entonces recordé la fabulosa *Invención de Morel*, un sistema de reproducción de vida, mecánico y artificial, que grababa y proyectaba imágenes de cosas, animales o personas, indefinidamente en cualquier instante o espacio mientras la máquina estuviese encendida. Ese recuerdo me facilitó la asociación: la máquina serviría de puente entre varios mundos, algunos desconocidos, atemporales, fantásticos como los personajes y las historias de obras pasadas; y otros (supuestamente) conocidos, precisos, definibles como esta cotidianidad...

Supe entonces, que siendo fantástica, la máquina podría cambiar de forma y lugar como yo quisiese. Por ejemplo, podría tomar ahora la forma de una hoja de papel. Y que aquella hoja sería la primera en una cantidad (in)finita de hojas que se sucedieran una tras otra… como un libro… una hoja tras otra hoja…

*¡Salí, hijo' e una gran concha!*
*¡Salí, salí!*

—**B**uen día, señorita. Mucho gusto, soy el doctor Franklin. Por favor, no tema... Entiendo que los gritos la hayan asustado, pero le aseguro que tenemos todo bajo control. Aunque desde su habitación puede escucharnos nunca traspasa esa puerta. Hace años que estudio el caso, es realmente fascinante, el enfermo puede pasar de un estado

*¿quién es el enfermo, imbécil?*
*¡fijate quién es el enfermo!*

—...como le decía, puede pasar de un estado de absoluta calma a un tsunami de euforia, y viceversa, en un chasquido de dedos... Es lógico que a usted la ponga nerviosa todo esto, sé que sufrió personalmente esas experiencias con él, pero como le dije, ya no tiene de qué temer: el tratamiento psiquiátrico funciona a la perfección...

*¡Jua! ¡Vos me hacés reír los huevos!*
*Mirá cómo se ríen ¡jua jua!*

—Cuando usted llegó justamente el enfermero estaba por aplicarle unos calmantes

*¡Salí, hijo´e una gran concha, salí!*

—Unos instantes más y ya podrá entrar a su habitación, acercarse incluso, y charlar un rato, como usted lo pidió. Así es también como podemos examinarlo sin temor a un repentino ataque... Acompáñeme por aquí, si es tan amable...

*¿Quién les dio derecho a encerrarme, eh?*
*Pero no me importa, no me importa,*
*mi espíritu es libre*
*No hay paredes ni edificios para mi espíritu*

*Soy infinito, soy grande y poderoso*
*¡Soy infinito! ¡Jua jua jua!*

—Bueno, disculpe, señorita, realmente no sé qué pasa, no esperaba esta reacción… por lo general luego de unas inyecciones y un cocktel de pastillas como el que recibió recién queda sedado días, incluso semanas…

*¡Sedado tu culo, patotero de charco!*
*Vuelo adonde vos no sabés ir*
*Viajo a través del tiempo y el espacio*
*Soy un navegante que surca los mares…*

—Si, claro, bueno, esa es otra característica nueva, repite textos que sacó de… de algún libro, supongo. Y a veces menciona a una tal

—*Débora*

—Si, señorita… a una tal Débora, ¿cómo lo supo?

—*No, no sé… sólo me vino a la mente…*

—Ajá, si… bueno… por eso está en estudio

—*¿Porque menciona a Débora?*

—No, no, je je… porque delira… mezcla situaciones fantásticas con la realidad, sabe

*¡De qué carajos te reís, imbécil!*
*Qué sabés vos de la realidad y la fantasía*

—¡Más respeto! Soy un hombre de ciencia

—*Doctor, ¿me permitiría unos instantes a solas con él?*

—No, lo siento… no puedo… es por su seguridad

—*Por favor, no pretenda velar por mi seguridad, si usted le teme, hágase cargo de que lo tiene encerrado por eso, y no por su bien, como dice*

—Pero ¿qué está diciendo? ¡cómo se atreve!

—Precisamente, me atrevo. Váyase, váyase y espere afuera...

.....

—¿Qué pretendés viniendo acá, Débora?

—Eh, no te asustes, Genarito... Pero, che, mirá cómo decoraste la mátrix... ¿Ahora te gustan los hospitales?

—Intuía que venías y quise hacerte sentir como en casa...

—Nunca dejaste la ironía

—Ella no me deja a mí. Pero volviendo a lo del lugar, en realidad, vos sabés, yo prefiero la selva amazónica, y paso más tiempo ahí. Éstos ni lo notan, piensan que duermo días enteros

—Bajaste el tono, ¿tenés miedo de que lo sepan?

—¡Jua! Parece que todavía no me conocés,
Miedo me tienen a mí

—Te gusta ese papel de tipo oscuro, maléfico

—¿Oscuro? ¿Maléfico? A ver si entendés de una vez:
Esto es un juego, una actuación

—Precisamente, una gran actuación... Por eso dije que te gusta ese papel... Te encanta sumergirte en los suburbios del alma, vagabundear en la soledad, esconderte...

— Prefiero los infernos del Dante,
El inframundo con sus fauces y laberintos

antes que ese cielo de católicos y espiritualistas
¡Caras de papas fritas frías!
Payasos sin gracia... ¡pendejos!
Por favor, esconderme... esconderme de qué...
jua jua... Acá estoy, nunca me fui

—Ojo que es fácil confundirse

—Si no soltás el control no sabés realmente nada
Si no soltás las riendas vivís suponiendo

—¿Sugerís que...

—¡Yo no sugiero nada! Lo que digo lo digo

—El gran maestro sabelotodo

—Llamame como gustes

—Así dice en el libro que publicaste

—¡Yo no publiqué ningún libro! ¡Cuántas veces te lo dije! Fue el pelotudo ese con ínfulas de editor... Él me pidió los textos... él publicó... y escribió mentiras, mentiras... Sólo para hacerse fama, el muy pelotudo

—La fama bien te la hiciste vos, con eso de aparecer y desaparecer

—Yo no tengo tiempo ni lugar,
y sin embargo estoy
Un fantasma, un caballo loco,
una sombra en la noche

—Muy poético

—Es patético lo muy poético

—Pero hablás como en versos,
en una actuación constante
como si estuvieses en un teatro

—¡Vos también! ¿y vos ves algún escenario aquí?
¡Me paso por las bolas la poesía!

La vida es sangre y un paso de valet
¿Te gusta esa poesía? Tengo más...
Baila conmigo
Larala Lala, la la, la la la la...

–Larala lala, la la la la larala la la, la la, la la
Genaro, vine por tus cuentos ... larala...

–Eh, ¿de qué me hablás?

–La gente los pide

–¡Mentira, la gente lo único que pide es direct tv y aire acondicionados! No me vengas con que pidieron mis cuentos... No, no me veng...

–Bueno, es cierto, no los pidieron...

–Claro que no... ¿eh? ... Ah, ya entiendo... ¡Te agarré: él los pidió! Él te pidió que los vengas a buscar. ¡Nada! ¡Nada le voy a dar los cuentos a ese! Que se escriba sus propios libros... que así le fue con toda esa baratija espiritual... Pokemón de Paraguay

–Te pasás

–¡Lo que me paso es su pedido por las bolas!

–Por favor, no hace falta ser grosero

–¡Grosero y gruñón! Jua... si, para equilibrar con tanto carabonita ñewjipi principesco. Y además, ¿a vos qué te pasó? ¿Grosero decís? Si adorabas lo grosero

–No confundas grotesco con lo grosero...

–Aja... si, claro... Pero te volví a agarrar: estás enamorada. ¿Me equivoco?

–...

–Ay, la guerrera se transformó en princesita, jua jua

–Bueno, suficiente. Dame los escritos

–Por favor, qué patética... Lo que hace l´amour

—Amor es lo que te falta... De todos modos, basta

—¿Qué? ¿quién dice que vos decidís cuándo basta!

—Yo. Como siempre. Dame los escritos

—¿De qué hablás?

—No te hagas el tonto, Genaro... Dale, te traje algo...

—¿Eh? Qué, ¿qué trajiste?

—Ya sabés. No la hagamos larga...

—¿En serio me trajiste...? ¿de verdad?

Dame, dame, si, dale a Genarito

—Primero dame los papeles

—¿qué pap...

—Los cuentos, Genaro. Y si seguís demorando me voy

—No, no, esperá... a ver... Esperá que busco... Si, si acá están

—Aha... Muy a mano los tenías... Supongo que seguiste escribiendo, entonces...

—¡No, qué va! Son papeles viejos, los uso bajo la cama para que no pase la humedad

—Sí, claro... bueno. ¿Querés lo que te traje o no?

—Si, si... tomá los papeles...

—Bien... ¡Ey, cuántos! Qué bien calladito los tenías

—Dame, dame lo mío

—Ok, acá está... tu gusto preferido

—¡Si!

—¿Lo vas a disfrutar solo o conmigo?

—Ppp... pero si a vos no te gusta el dulce de leche

—El industrial no... El helado de dulce de leche artesanal con chocolate, sí

—¡Artesanal con chocolate! ¿Dónde lo conseguiste?

—Basta, esto parece una publicidad de la tele

—Mnñam sim, cierto... mñam mñam...

—Genaro...

—Ah, si si, compartir... Bueno, igual mñanm... vos ya tenés lo que querías mñam...

—Sí, mñamgracias... sí, lo del libro es un pedido

—Mnñam... Si, claro...

—¿Te molesta si me quedo a leerlo primero acá? Helado y cuentos... como en los viejos tiempos

—Si, como quieras, vos leé... vos leé...mñam...

.....

—¡Señorita, Psst, señorita! ¿ya se va?

—Sí

—¿Pudo obtener lo que buscaba, señorita...?

—Débora... dígame Débora... Sí, pude: siempre obtengo lo que quiero... Ah, y no se preocupe más por su paciente: lo que le pueda pasar, usted no lo puede curar...

*Alegato del editor*
*"Pokemón de Paraguay"*

*Como imaginarán, nuestro enorme amigo don Genaro finalmente le entregó a Débora los relatos que conforman el presente libro. Es así una antología de cuentos presentados de acuerdo a la cronología en la que fueron publicados en su momento, más una serie de relatos que habían quedado en el tintero de Genaro, y que incluí para esta obra.*

*Al inicio de cada sección, y de algunos cuentos también, se presentan breves comentarios. Algunos son aclaraciones (*im*)pertinentes que me tomé el atre*vi*miento de realizar; otras son notas que el autor tenía manuscritas al costado de los textos. (Sé que sabrán distinguir unas de otras.) Este autor tan cascarrabias como misterioso, nunca ha sabido a ciencia cierta el límite entre lo real y lo fantástico. Incluso recuerdo una charla en la que me comentó que él se piensa más realista que aquellos que se creen realistas, puesto que su realidad es más profunda, más completa, porque abarca lo que llaman fantástico dentro de lo posible.*

*Disparates, claro, que en este caso nos benefician a nosotros como lectores. Y es precisamente eso, el beneficio de viajar con los relatos de Genaro en lo que me sumerjo, sin darle mayor importancia a su "pokemón de paraguay", como me llamó…*

*"Somos lo que somos porque recaemos", dice el inmortal Julio, así que l@s invito entonces a que recaigamos en las oscuras fauces de "La Máquina de la Fantasía".*

*Ariel Francisco Sansolini*

De

# *Visiones Fugaces*

1998

*En un principio, el libro* Visiones Fugaces *tuvo unas pocas impresiones en papel, que se distribuyeron sin fines comerciales (si hubo más publicaciones distribuidas de otros modos, no lo sé: libre albedrío).*

*Los dos cuentos que seleccioné de este libro fueron publicados a través de la editorial digital "Jazzbird", co-diseñada y dirigida por Claudio Vidoni y Juan Pablo Braña, en mayo de 1998, cuando don Genaro todavía no sabía que era don Genaro.*

*Las palabras en itálica corresponden a modificaciones o agregados realizados para la presente edición.*

El frío matinal fue suficiente.

Amanecía fresco sobre la ciudad, con el cielo completamente despejado, la playa en silencio y el mar calmo. La escena se acomodaba lentamente como aquél viejo sueño que se le repetía desde chico.

La noche había sido difícil, como tantas otras, regalándole calles desiertas y tachos de basura con tentadoras ofertas para el plato del día. Vagabundeando en su soledad acostumbrada, había elegido citarse nuevamente a medianoche con su amada: una enorme carretilla de madera volcada sobre la arena blanca, a escasos metros del primer acantilado. Allí solía refugiarse en los días de mucho viento y frío para conversar con las olas sobre su forma de ver el mundo. *Si*, la noche había sido *difícil*, fría, pero él solía soportar embestidas peores, no sólo del clima, sino también de la vida. *Así que* después de sentarse dentro de su improvisada casilla de madera, acurrucó las piernas en su pecho, se tapó con su sobretodo negro y fijó la vista en la inmensa oscuridad, creyendo ver la línea donde se encuentran el mar y el cielo. Sintió tristeza, algo completamente ajeno a él desde

hacía ya un tiempo. *Y* como quién deja caer una moneda al suelo sin darse cuenta, se había librado *también* del sentimiento de la alegría. Era mucho mejor, era más fácil.

*Sin embargo,* en ese amanecer de primavera sintió tristeza.

A los pocos minutos una brisa fría entró en la carretilla recorriendo su espalda, pellizcándole el cuello para despertarlo súbitamente. Abrió los ojos, sonrió y miró el horizonte, primero con los ojos entrecerrados por las lagañas y luego con toda la fuerza de su mirada. Inmerso en un rebautizado delirio de alegría, sonrió, para volver a juntar sus párpados y pestañas casi sin notarlo.

Con paz y serenidad volvió a quedarse dormido, tan absolutamente solo y a la vez tan en contacto con todo el mundo natural que lo cobijaba…

*Así, lentamente,* se desvaneció en el infinito del paisaje.

Ese día el frío matinal fue suficiente.

# La Ciudad

*Recuerdo que cuando Claudio leyó este cuento, me mencionó que él había seguido en su primera juventud una historieta que presentaba una trama muy similar, así que se lo preguntó a Genaro. ¿Vos la leíste? No, fue la respuesta categórica. Sin embargo, luego Claudio lo vio alejarse mascullando algo entre dientes que lo hizo dudar...*

---

**C**aminaba por una calle triste y desolada, a sólo dos cuadras de la avenida San Martín, una de las más importantes de la ciudad. Su paso era corto y lento, como teniendo ganas de desvanecerse a medida que avanzaba. No tenía idea adonde iba, sólo se dejaba llevar por la suave brisa nocturna; y pensaba, mezclando pensamientos sin sentido que le atropellaban la mente sin interrupción, aguantando lágrimas que desobedecían sus órdenes y caían sin parar hasta sus zapatillas negras. Caminó y caminó sin detenerse. Al cruzar una callecita se tropezó con un borracho, que susurró algo sin mirarlo y siguió su camino. En ese instante se dio cuenta de que hacia un rato que había cortado por completo su dialogo interno, y que venía vagando como un ente descerebrado lanzado a la calle. Miró a su alrededor varias veces y frunció el ceño: había perdido por completo la noción del tiempo y del lugar; estaba en algún lugar de la ciudad al cual, extrañamente, nunca había visitado.

Era imposible, él conocía la maldita ciudad desde que había nacido, hacía exactamente veinticuatro años. No había forma de perderse de ese modo, *si se suponía que estaba* a sólo cuadras de su casa. Intentó recordar los pasos que había realizado para llegar hasta allí, pero su mente era como un laberinto maligno que le impedía retroceder en el tiempo. Estaba definitivamente perdido y solo.

Las ventanas de los edificios reflejaban luces amarillas, semejando pequeños ojos que prestan atención de todo lo que ocurre, silenciosos y a la espera de algo. Por las noches, la ciudad cambia tanto que deja de ser lo que parece durante el día y se muestra salvaje y desconocida.

Sediento y terriblemente hambriento, caminó hasta la mitad de cuadra, donde encontró una casa con la puerta abierta. Era un pasillo largo y angosto, pero a diferencia del resto de la calle, estaba algo iluminado por una lámpara que colgaba de la húmeda pared. Caminó por el pasillo hasta toparse con una vieja de ropajes negros y sucios, sentada a un costado. Con la cabeza gacha y con un plato de pollo aferrado a sus manos, la vieja parecía dormida, o muerta. Dudó unos segundos y después, desconociéndose a sí mismo, le arrebató el plato de un tirón. La vieja ni se movió, así que *él* espero un poco y luego se acomodó a unos metros para comer un pedazo del pollo que no parecía estar en mal estado. Cuando intentó el primer bocado, la vieja levantó la vista directo hacia él, que sin dudarlo un instante, se paró y salió corriendo desesperadamente  a la calle. Sin mirar atrás

corrió y corrió por casi cinco cuadras. Exhausto y aterrorizado se golpeó los pies y calló al suelo dejando caer el trozo de pollo que había sostenido con las dos manos durante su carrera.

Con la nariz ensangrentada por el golpe, se levantó y tomó nuevamente el pollo, miró hacia atrás para asegurarse de que la vieja no lo siguiera, y *entonces* respiro profundamente para recuperar algo de aire. Era imposible que la vieja lo hubiese seguido hasta allí, pero también era imposible todo lo que le estaba ocurriendo, así que no dudó en fijar nuevamente la vista en la esquina antes de probar el primer bocado de comida. *Masticó y* tragó sin parar concentrado sólo en eso, hasta que oyó música desde alguna parte del edificio de enfrente. *La música* parecía provenir de la única habitación que tenía luz. Cruzó la calle, casi hipnotizado, y se arrimó al portón verde de casi 2 metros de altura que era la puerta a ese antiguo edificio. Antes de poder insinuar algo, una de las dos hojas del portón se abrió, y un simpático hombre negro de traje le hizo una seña para entrar:

—Lo estábamos esperando, Martín—le dijo *el hombre*.

*Martín, porque ése era su nombre,* subió un piso por las escaleras de un hermoso y reluciente mármol blanco hasta desembocar en un gran salón de fiestas lleno de gente bebiendo y riendo a más no poder. Achinó los ojos y adelantó la cabeza y el cuello con respecto del cuerpo como una tortuga que se asoma de su caparazón para ver mejor. A esa altura, había perdido completamente la

capacidad de comprensión, pero al mismo tiempo había perdido sus intenciones de querer comprender algo.

El sonido que escuchaba desde la calle se debía probablemente a la banda que estaba sonando en el salón. Observando la majestuosidad de esos ocho viejos que derrochaban el mejor jazz a todos los presentes, realizó unos pasos hacia el centro del salón, y parado allí se dejó conquistar por el agudo sonido del solo de trompeta. Cerró los ojos e imaginó la próxima nota, y luego la siguiente, hasta soñar ser él, el trompetista de la banda. Movió los dedos y llevó el ritmo con su pie derecho, al mismo tiempo que inclinaba su cuerpo hacia arriba y hacia abajo, hipnotizado en la melodía. Terminada su participación en la canción, abrió los ojos y se sonrojó ante la audiencia, que aplaudía a más no poder. Se descubrió parado a un costado del pianista, que le guiñaba el ojo con una sonrisa; *luego Martín* dejó caer sin querer la preciosa trompeta dorada que llevaba en su mano derecha. Había interpretado Hello, Doly!, su canción favorita desde niño, junto a una verdadera banda de jazz y ante un público que le demostraba un afecto incomparable. Bajó los tres escalones de madera que separaban el escenario del piso y, encogiéndose de hombros, se sonrojó nuevamente *ante* las miradas alegres de los presentes. Miró hacia atrás, agradeciéndole a la banda, y se frenó de golpe. Giró nuevamente su cabeza hacia adelante y contempló la belleza de una morocha de larga cabellera enrulada, que lo esperaba. Seria y tranquila, se enfundaba en un vestido azul brillante, con un tajo que permitía asomar su delicada pierna y un escote

en el frente del vestido que realzaba sus pechos. Se miraron unos segundos en silencio, hasta que ella habló:

—Sería descortés de tu parte no invitarme un trago—deslizó en un tono suave.

—No...quiero decir si, pero no te conozco... ehhh... bueno, no importa, esperá que llamo al mozo—contestó Martín tartamudeando mientras desviaba la vista.

—Espera, yo no dije que me lo invites acá... en mi departamento es mejor, y si tanto te preocupa, ahí nos podemos conocer mejor — le contestó ella imperativamente.

Martín tragó fuerte y volvió a mirarla a los ojos. La música se acabó instantáneamente. Sus grandes ojos negros hablaban más que mil palabras, lo seducían, lo provocaban, lo descolocaban. El murmullo de la gente también cesó. Con tal solo ver esos ojos, el mundo se redujo a la delicada forma de la mujer. Antes de poder contestar con palabras (su silencio ya había dicho todo), Martín notó que todo alrededor *era ahora pura* oscuridad.

Lentamente su vista se fue acostumbrando a la oscuridad. Los latidos de su corazón retumbaban. Y volvió a verla, *pero el escenario había cambiado súbitamente*: ahora estaban en una oscura habitación, y los ojos de ella le apuntaban directamente. Así, sin bajar la mirada ni un instante, se quitó el vestido suavemente.

—Me llamo Analía... ¿necesitas saber algo más? —le murmuró completamente desnuda.

...

Un rayo de luz le dio exactamente en su párpado izquierdo. Lo cerró aún más, y luego abrió ambos a la vez. Arrugó el rostro y se refregó los dedos varias veces en los ojos, molesto porque ahora la luz le daba en toda la cara. Despegó su espalda de la cama rápidamente y miró hacia un lado y luego hacia otro. Oyó el chillido de una bocina. Recordaba la cama en la que estaba, pero no la habitación. Se sacó de encima la frazada que *lo cubría* y levantó las cejas en señal de sorpresa ante su desnudez. Flashes de la noche anterior le atravesaban la cabeza provocándole una alegría interna, y externa. Una vez más el bocinazo y Martín saltó de la cama para asomarse a la ventana. El barrio le resultaba completamente ajeno. Justamente debajo de la ventana, pero unos cuatro pisos más abajo, un flaco pelilargo, al costado de una camioneta parada sobre la vereda, le hacía señas con su brazo derecho indicándole que descendiese. Martín levantó su mirada hacia el piso de arriba, esperando ver a alguien a quien le correspondiesen esos mensajes, pero no pudo ver a nadie asomado. Volvió a mirar hacia abajo y comprendió que era él el destinatario de esas señas. Sin mucho que preguntarse, se metió nuevamente en la habitación y se vistió. Intentó abrir la puerta, pero fue inútil. Estaba cerrada desde afuera. Tomó carrera con intenciones de derribarla cuando escuchó desde abajo:

—¡Martín... Martín! Bajá... ¡bajá por la ventana!

Martín se asomó *por la ventana* y encontró una escalera metálica, en forma de caracol, que llegaba hasta

abajo. Se tomó con ambas manos del alero exterior de la ventana y se hamacó hasta saltar fuera, cayendo sobre la escalera. En pocos minutos estaba abajo.

—¿Y ahora qué? - replicó Martín, confundido pero resignado.

—Hasta ahora no creo que tengas de que quejarte, ¿no?—le respondió el pelilargo - Subí a la camioneta si querés entender algo.

Martín asintió y arrancaron enseguida. Sentado en el asiento de acompañante, miró por el espejo retrovisor como dejaban atrás cuadras y cuadras de edificios altos. El sol, que apenas se asomaba por el horizonte, reflejaba en el capot de la camioneta un brillo tenue. Adelante, la calle se transformaba lentamente en ruta y los edificios daban paso a grandes extensiones de campo. Recién después de un largo rato, el pelilargo habló:

—Mi nombre es Hernán, pero da lo mismo. Yo sólo vine porque vos me llamaste, y ese es el nombre que vos esp...—*pero* antes de concluir fue interrumpido.

—Yo no te llamé. ¡Ni siquiera te conozco!–aclaró Martín.

—Bueno vamos a empezar desde el principio... así te das cuenta de que vos me llamaste...

—Como quieras, pero yo no te llamé. - insistió Martín.

—Bueno, si querés nos podemos pasar toda la eternidad discutiendo eso... como prefieras... yo tengo tiempo de sobra...—ironizó su compañero de ruta.

—Está bien... hablá.

—La cosa es tan simple que no lo vas querer entender, ya lo sé...—comenzó Hernán mientras se ponía unos

anteojos negros para evitar el sol—Por lo visto, todavía estás en la etapa en la que no podés manejar el "querer", así que se te puede complicar.

—¿Complicar?... ¡No entiendo un carajo! Se me complicó desde que... desde...

—Se te complicó desde que te perdiste, en la noche.

—Si, anoche—acordó Martín.

—No, no fue anoche, pero no importa.- disintió Hernán, al mismo tiempo que introducía un cassette en el pasacassette de la camioneta.

—¡Creedence! ¡Me encanta!

—Si, ya sé. - volvió a sorprenderlo Hernán.

—¿Cómo que ya sabés? Bueno, está bien, te escucho.

—Por más que ahora veas verdes campos, vos estás en "La Ciudad". No en cualquier ciudad, en "La Ciudad". Y no cualquiera puede llegar acá... Si hacés un esfuerzo, recordarás que la noche en que te perdiste te chocaste con un borracho, que int...

—Si, si, un viejo maloliente que me chocó y encima me insultó... me acuerdo.

—Bueno, por empezar no estaba maloliente, el olor a vodka no es feo, y para continuar... ese borracho era yo. Y no te insulté, ¡sordo! Simplemente te advertí que estabas entrando en la ciudad—dijo Hernán.

—¿Vos?... *ja*, imposible... si ese tipo tenía como...

—Como setenta años, y yo parezco de veinte, no?

—Bueno, no sé si de veinte, pero no de setenta... —aclaró Martín, dejando escapar una sonrisa.

—Bueno, obviemos las pavadas: ese viejo era yo y te conviene creerlo. Porque yo no existo, no tengo un lugar

más que en tu cabeza. Estoy acá para ayudarte. Una parte de vos me creó para ayudarte en lo que tu pequeña mente no puede. Estoy acá para explicarte todo esto, que va más allá de tu cerebro...

—Listo, bárbaro: pará esta chatarra acá... yo me bajo... ahora sí que me harte de gansadas, nos vemos en el próximo sueño... Porque eso es lo que es esto, un sueño. Así que pará acá, que como es mi sueño yo decido que me bajo... chau.- reclamó Martín hablando muy en serio.

—Como quieras...—concedió Hernán deteniendo la camioneta a un costado de la ruta—Pero puede ser peligroso, todavía no aprendiste a manejarte en la ciudad.

—¡Que ciudad ni ciudad, estamos en el medio del campo y dije que me bajo!—dijo Martín levantando el tono.

*Inmediatamente* empujó la puerta y se bajó. *Entonces* sintió una brisa caliente en su cuerpo, *una brisa* que no correspondía al campo, sino más bien al centro de una poblada ciudad. *Martín* se abrió la campera y comenzó a caminar con la vista en el suelo y pateando piedras al costado del camino. Escuchaba el motor a medida que se alejaba, pero no le parecía que estuviera cada vez mas lejos; al contrario, parecía que el ruido lo seguía. Se detuvo súbitamente y se dio vuelta. La camioneta ya no estaba, sin embargo en motor se seguía oyendo tan claro como si estuviese ahí. En ningún sueño Martín tendría tanta conciencia de lo que ocurría. O tanta inconsciencia. Volvió la vista hacia adelante y *continuó* caminando, ésta vez arrepentido por no haber seguido escuchando a Hernán. Un par de segundos después sintió más fuerte

el ruido del motor, y al alzar la vista, vio a Hernán acercarse con la camioneta desde la mano contraria de la ruta. *Ambos* se detuvieron al mismo tiempo.

—Supongo que tengo que aplaudirte por el turco, ¿no? —preguntó Martín.

—Si, es de mis preferidos... Subí.

Martín subió, Hernán pegó la vuelta y continuó con el rumbo que llevaban antes. El cielo continuaba despejado, pero dentro de la camioneta no parecía hacer tanto calor como afuera. Hernán le dio unos minutos en silencio a Martín que, con la mirada perdida, intentaba ordenar un poco las cosas.

—Así que vos sos parte de mí... —Se animó al fin—Entonces debes saber todo lo que voy a hacer y lo que voy a decir…

—Ja... si ni vos mismo sabés como vas a reaccionar dentro de dos segundos o lo que vas a decir, ¿cómo pretendes que lo sepa yo, por más que sea parte tuya?—preguntó Hernán soltando una sonrisa.

—Entonces ¿por qué me dijiste antes que ya sabías, cuan...-

—Porque cuando conocés demasiado a alguien lo podes predecir perfectamente, aunque no puedas leerle el pensamiento... Eso deberías poder hacer vos también con un par de personas que conocés, sólo que sos demasiado estúpido como para intentarlo...—contestó Hernán, esbozando otra sonrisa.

—Está bien, eso puede ser. Pero ahora decime: ¿qué es eso de "la ciudad"? ¿Adónde mierda estamos?

—Bueno, acá viene la parte más simple, pero la más difícil de comprender: vos no estás en ningún lado, estás acá, en "la ciudad".

—Pará... pará un poquito... ¿cómo es eso de que no estoy en ningún lado? Por ejemplo, para mi familia, ¿adónde me fui?, ¿que pasó?—cuestionó Martín un tanto preocupado.

—Para cualquiera que te haya conocido, vos desapareciste, no estás. Cuando entrás a "la ciudad", perdés tu cuerpo, para ganar la forma aquí...

A Martín se le erizó la piel y cerró los ojos como en busca de alguna otra respuesta en su interior, pero sólo se le seguían repitiendo las últimas palabras que le había dicho Hernán… *"perdés tu cuerpo para ganar la forma aquí…"*. Hernán continuó:

—Es muy sencillo, sólo tenés que aceptarlo sin ponerte trabas internas.

—¡De qué trabas internas me hablás, loco! Yo estaba caminando tranquilamente por...

—Por las calles de tu barrio, si…—interrumpió Hernán—, cuando de repente te perdiste. Pero justo unos instantes antes que te perdieras, tu mente se perdió en la nada y tu cuerpo empezó a deslizarse sin control alguno por parte de tu cerebro. Tu mente se te escapó... y a tu cuerpo no le quedó más remedio que seguirla donde quiera que fuera. Pero no pudo, *así que* se desvaneció en la nada. Fue exactamente ahí cuando entraste en "la ciudad". Tu mente se perdió, tu cuerpo se desvaneció, y tu verdadero ser, ese que no muere ni cuando te dicen

muerto, te trajo acá. Acá no existe ni el tiempo ni el espacio; todo es pequeño e infinito al mismo tiempo. Acá vienen a parar los que no quieren morir, pero han perdido sus razones para vivir.

Hernán detuvo la camioneta. Martín ni se inmutó. Hubo un rato largo de silencio y luego Hernán se bajó. Estiró un poco el cuerpo y se sentó en una piedra sobre la banquina. Martín bajó también, giró varias veces la cabeza hacia ambos lados. Después se sentó junto a Hernán.

—Está atardeciendo, ¡no puede ser!—exclamó en busca de una nueva respuesta.

—Ya lo sabés... todo puede ser... acá no hay tiempo—le recordó Hernán.

—¿Por qué?... ¿por qué así?

—Porque vos lo estás deseando. El atardecer es tu mejor hora del día, y como estás aprendiendo a manejar tu "querer", luego de todo lo que te hablé, entonces "querés" que atardezca para lo que te falta afrontar.

—Hablás de querer como si tuviera un significado distinto al que tiene—le dijo Martín.

—Es así: lo tiene. Aquí lo que "querés" se te cumple, porque querer y hacer es la misma cosa. Cuando aprendés a "querer", deja de ser un mero deseo y pasa a ser una necesidad de vida o muerte; entonces debés cumplirlo inmediatamente para no morir. Así que "querer" es hacer.

—Y supongo que esto tiene que ver con todo lo que me pasó hasta ahora, ¿no?—arriesgó Martín.

—Si, en parte si. Y digo en parte porque sólo algunas de las cosas que te sucedieron en la "la ciudad" las provocaste vos. Estabas aprendiendo a manejarte, así que algunas fueron parte de tu "querer" y otras del "querer" de otro ser, más fuerte que vos, y que te atrajo a su "querer". Vos sabrás cual fue cada cosa.

—Pero entonces corrí el riesgo de haber muerto, sólo porque hubiera sido el "querer" de otro...—preguntó Martín.

—Si. Nada más que en "la ciudad" no morís, desaparecés para siempre; que no es lo mismo.

—¿Cómo? ¿Qué hubiera pasado del Martín que todos conocen en el otro mundo?—volvió a preguntar Martín más atemorizado, pero casi conociendo la respuesta.

—Simplemente nunca hubieras regresado. Tu muerte no hubiera sido como la de cualquier persona, simplemente no hubieras vuelto—concluyó Hernán mientras se levantaba.

El Sol tardaba más que lo acostumbrado en ocultarse tras el horizonte, pero ya nada parecía tener un tiempo que le correspondiera. Ni siquiera el atardecer. Un viento frío sopló desde la arboleda, detrás de los dos. Martín se dio vuelta, molesto, y el viento cesó inmediatamente. Comenzaba a comprender que todo podía funcionar a su entero placer, y que a la vez el mundo se podía volver en contra como nunca, y ser implacablemente mortal. O peor que eso, podía dejarlo sin siquiera una muerte. Se levantó también y volvió a la carga:

—¿Y ahora que va a pasarme?

—Va a pasarte exactamente lo que vos quieras. O lo que puedas querer. No me preguntes lo que ya sabés.

—Pero, ¿si quiero volver, si quiero ser yo?

—¡Vos sos vos más que nunca, acá en "la ciudad". Pero si te referís a si querés volver a ser el de antes... sólo tenés que "quererlo". Como si quisieras cualquier otra cosa dentro de "la ciudad". Por eso al principio te dije que era tan simple.

—Si es simple, pero no sé si quiero volver…—se replanteó Martín.

—*Entiendo*, sino no te hubieras "perdido". Ya te dije que sólo viene acá quien ya no tiene más que hacer "allá". Quien ha perdido su lugar.

—Y con vos, ¿qué va a pasar?—le preguntó Martín mirándolo tristemente.

—Tu mirada parece conocer la respuesta... yo no existo allá, soy una parte tuya a la cual no sabrías sacar afuera.

Martín giró una vez más mirando los árboles cercanos. Ya era de noche, y la luz de la Luna provocaba formas raras en la arboleda. Tras un breve instante, se escuchó nuevamente el motor de la Chevrolet '69. Ésta vez, Martín no miró hacia atrás. Enseguida volvió el silencio.

A lo lejos se divisaban las luces de una ciudad. Martín comenzó su paso lento al costado del camino. Con la vista al frente recordó el rostro de su amor. Caminó un rato largo con esa misma imagen en su mente. Luego fue

oídos para escuchar y ojos para ver, pero sus pensamientos cesaron por completo.

…

A media cuadra de su hogar, se detuvo, paró un taxi que pasaba por ahí y se subió.

—Vamos hasta Av. San Martín al 700… Quiero ver a mi novia…



De

# En Los Brazos De Ríos Con Aguas De Colores

2002

Pebeta, vos sabés, yo ya escribía de antes de conocerte, pero vos me despertaste ese no sé qué... me abriste el telón de un mundo que no conocía, tan mágico, lleno de viajes... entre el arte de colores y la bohemia de lagrimones...

Y yo, yo para esa época ya paraba con los muchachos ahí en avenida la plata, y entonces se mezclaron la Maga con el Octubre Rojo, Klee en lugano uno y dos, la facultad de letras y la filosofía del vino, la criolla y Artaud, el cine Cosmos, el flaco Spinetta (dios lo tenga en la gloria, porque nosotros ya lo tenemos) y Frida Khalo, el Che y el otro Ernesto, don Sábato, los bitles y avenida Corrientes, y ahí las noches de San Telmo y... y se me pianta un lagrimón, che... viste cómo es...

¿Te acordás, hermano? Si, claro que te acordás... si vos estuviste en todas, en todas...

"En los brazos de ríos con aguas de colores". Cuando arranqué a escribir ese libro no sabía que estaba escribiendo un libro, te digo no sabía... Eran esas ganas de contarle al mundo todo ese otro mundo que también existe y que yo estaba descubriendo. Escribí en noches de ginebra y una Olivetti... en brotes de volcánica efervescencia, con repudio gargajero a los gobernantes de turrno, y a veces como vendetta a la pebeta, si, pebeta, porque así como disfruté, también sufrí tanto tanto tus aires de tango con tus enormes pechos al viento...

Quizá así sea el tango, hermano, un poco todo eso, quizá...

# Y Los Corazones Desacelerando

*Angustia, de sentirme abandonado*
*y pensar que otro a su lado*
*pronto, pronto le hablará de amor...*
"Nostalgias"
Cadícamo – Cobián

**T**emprano, *el* "Buena Vista" se llena siempre en las noches de San Telmo; gente hasta en la puerta, hombres (de menos de treinta) *pendejas* y pendejos (de más de veinte)… pero la mayoría varones. Y el Negro, bastante callado, a veces sonríe, pero bastante callado. Julieta sabe que el Negro cae tipo ocho, *que* mira todo el bar, el cuadrito de Gardel cerca de la puerta del baño de hombres, las copas cabeza abajo sobre la barra, Julieta con el uniforme de moza apoyando un brazo en la barra, la barra de madera negra con relieves suaves, la mesa de pool en el fondo, Julieta mirando, y la mesa para dos cerca de la ventana.

Serrat es mucho para el bar y aparte es catalán, pero a Daniel le gusta, y Daniel es el dueño desde que le compró la parte al socio, su primo. Daniel, detrás de la barra, sabe que Julieta se va a demorar unos instantes… Daniel sabe que Julieta va a hacer como que no vio al Negro y después de bajarse un poco la minifalda negra con las manos y acomodarse el delantal blanco, va a caminar derecho hasta la mesa cerca de la ventana.

Bandeja en mano derecha y rejilla en mano izquierda, limpia la mesa formando círculos que vuelan miguitas y maníes al piso. *Ella* no lo mira.

—Hola—*Ahora sí, saluda y* lo mira

—Hola, ¿Cómo andás? —*responde el Negro*

Daniel los mira a los dos desde la barra, menea la cabeza y sonríe.

—Acá... trabajando... como siempre—Julieta se hace la interesante, como siempre.

Pedro, *así se llama* el Negro, sonríe. Ella no dijo nada gracioso, entonces Pedro corta la sonrisa.

—¿Me traes una Brahma de tres cuartos y unos palitos? —pregunta, *pero* no hacía falta…

Daniel saca la Brahma de la heladera antes de que Julieta llegue a la barra, y la espera, sonriente.

—¿De qué te reís? ¿Por qué me mirás así?—*pregunta ella*

—Nada, nada...—*contesta Daniel ahora serio*—Vos te vas de boca siempre, pero después arrugás…

*Para Julieta*, hoy la música sonaba más fuerte; hoy el humo molestaba más; hoy los clientes estaban más rompepelotas que nunca. Y encima, Daniel. Daniel le había clavado un cuchillo como si tal cosa. Cuando Julieta apoyó la cerveza sobre la bandeja, casi se le cae; cuando caminó hacia Pedro, el taco del zapato negro del pie derecho se atascó en uno de los agujeros pequeños del piso de madera y *trastabilló*. El Negro lo notó, tenía el rostro con una expresión como s*i no*, pero lo notó. Luego sonrió. Y cortó la sonrisa cuando ella llegó a la

mesa. Julieta se encorvó un poco para apoyar el vaso. El Negro la miró. Tenía una expresión rara, era como si su rostro fueran dos perfectas pelotas a punto de estallar, encerradas en un corpiño rojo y cubiertas por una blusa negra. Julieta lo miró de reojo. Se levantó rápido. El Negro dejó de mirarle las tetas. Hubo un silencio (al menos en esa mesa cerca de la ventana). Ella se volvió a agachar, apoyó la cerveza con una mano (el Negro volvió a mirarle las tetas) y con la otra sacó el destapador del bolsillo del delantal y destapó la botella que transpiraba un poco menos que él. Antes de retirarse, sirvió en el vaso dejando que la espuma rebalsara (como al Negro le encanta).

—Si necesitás algo más, me llamás, ¿si?

—Sig.—Contestó él mientras hundía sus gruesos y rojos labios en la espuma.

El Negro bebió del vaso hasta la última gota sin interrupción y sin sacarle los ojos de encima. Él mismo se sirvió el segundo vaso y el tercero. Julieta se movía de lado a lado del bar como una gacela que conoce del león. Prendió un cigarrillo absolutamente concentrada en ese acto sublime, de tan sólo unos segundos. (Daniel la deja fumar después de las dos, cuando la gente se va para otros bares.) *Entonces* el Negro sacó de su bolsillo tres pesos, los apoyó sobre la mesa y miró por la ventana. Son más de las tres, en el bar *queda* el borracho Juan, el de siempre, sentado en la mesa que está entre la puerta y la pared. Julieta, apoyada en la barra, resopla.

—Andá si querés–le suelta Daniel—, le cobro a Juancito y después cierro. Está tranqui hoy.

Pero no era una noche más.

—No, dejá...—contestó Julieta—Yo cierro... total, no tengo apuro—y enfiló para lo de Juancito rogando que Daniel no la contradijera. Daniel esbozó una media sonrisa y se fue a cambiar al sótano. El Negro seguía mirando nada por la ventana.

—¿Te cobro?—lo sorprendió Julieta. Y al darse vuelta, el Negro se dio cuenta de que ya no había nadie en el "Buena Vista".

—¿Hoy cerrás vos?—*le preguntó* sorprendido.

—Si... Daniel estaba cans...—antes de terminar la frase, el nudo del delantal se le soltó como por culpa de algún fantasma y cayó al piso.

Ambos se agacharon al mismo tiempo y sus cabezas casi chocan. Afuera, el griterío de los pibes en la plaza. Adentro, el Jilguero había cantado su último tema *en la radio*. Los dos pares de ojos se desafiaron, frente a frente, alimentándose, tragándose, sin aire.

No hubo cena de por medio... no hubo invitación a salir... casi no hubo ni siquiera una conversación... se repetían ambos internamente mientras sus cuerpos se apuraban a bajar las cortinas y a apagar las luces.

—¡Esa no!—exclamó Julieta cuando el Negro *se acercó a apagar* el tubo de luz violeta de atrás de la barra.—Esa está bien.

Se esperaron segundos (se habían esperado meses), se chocaron, se empujaron, se arrinconaron, se presionaron, se pisaron, mordieron, oxigenaron, manotearon, desnudaron. Corrió sangre, transpiración, esperma, flujos... alientos, suspiros, gemidos... humedades, calor, oscuridad…

Y al fin, un pequeño círculo rojo intenso en la oscuridad, el humo... y los corazones desacelerando.

PARTE II

*...si las copas traen consuelo,*
*Aquí estoy con mi desvelo*
*para ahogarlo de una vez...*

—¡Me cago en mi reputísima suerte!—Cánepa puteaba en murmullos inescuchables y chasqueaba la lengua después de haber notado que la suela de su mocasín derecho se resbalaba sobre la mierda de perro en la vereda.—... me recago en la mierda que me parió...

En esa parte de la cuadra, Estados Unidos estaba más oscura, y por esquivar una baldosa floja que ya conocía de memoria, pisó mierda con el mocasín derecho. Antes de llegar a la esquina de Perú, levantó la vista (sólo un poco) hasta el balconcito gris del primero, que dejaba escapar unos tiros de la película que estaban pasando en la tele atrás de la ventana abierta sin cortina, del balconcito del primero.

Las persianas de los ojos *de Cánepa* estaban mitad cerradas, mitad abiertas (según como se quiera mirar, como eso del vaso de agua). De camisa verde oscura, pocos pelos en el pecho, cadenita de oro con las iniciales: "L. C.", que le había regalado su esposa cuando cumplieron un año de casados, y mocasines negros (el derecho ahora con mierda en la suela). Luis Cánepa no podía dormir y se había ido a caminar un poco. El zumbo[1] ya no lo paraba más para joderlo con los documentos,

[1] *Zumbo le dicen algunos en la calle a los policías "sub-oficiales"*

sólo lo miraba pasar por delante y lo seguía con la mirada para amedrentarlo un poco y apurarle el tranco. *Cabito de mierda y la concha de tu madre...*, susurraba Cánepa.

*Unos pasos después*, golpeó con las llaves en las rejas de la ventanita del kiosco “Tienetodo”. ¡Clan... clan... clan!, y acercó la cabeza intentando ver adentro. El gordo José levantó la mirada. De brazos cruzados y culo en silla, José, el dueño de ese kiosquito de Perú al 800, frunció el ceño y trató de mirar mejor quién golpeaba.

−¿Puede ser un Jockey corto?–*le apuró Cánepa.*

−Mmm... ya va...

José se acercó a la cigarrera, tomó el atado rojo y las monedas de la caja para el vuelto, y se movió (lento, queriendo apurarse, pero lento) hasta la ventanilla.

−Tengo dos man...–largó Cánepa−ah, ya tenés... las mone... bue...

−Mmsssi...

−Gracias. Ta’ luego

A medida que se acercaba al mil ocho sesenta de la calle, la luz del tubo del quiosco se iba muriendo, asesinada *por la* oscuridad de la vereda misma del conventillo. El mismo conventillo que lo había visto salir todas los días durante años a las tres y media de la mañana hacia la panadería de la avenida San Juan, los días en los que cada uno de los pasos de Luis estaban destinados a Ella, a Ella y a cada sentimiento que entre ellos existía. Y en cada uno de esos pasos de idas y vueltas al trabajo en los años de novios, Cánepa construyó algo para ellos. Entre explotaciones laborales (y mentales), lluvias,

tormentas de desilusiones, soledades *disimuladas en las* tardes de mates en el patio con ella y con sus anhelos callados… Y fue en ese tiempo que al fin la trajo a vivir con él al conventillo, que parecía más lindo en ese tiempo en el que ella no trabajaba, "pero está bien así, si no hace falta, para qué te vas a poner a laburar, si no hace falta...".

Después empezaron a deberse algunos meses de alquiler, y "justo nese horario tenés que laburar... putamadre... apenas nos vamos a cruzar un rato a la noche así... pero bue... ya sé, estamos unos meses atrasados con el alquiler…".

*Parado en la puerta del departamento aquella noche*, Cánepa metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón Gatopardo azul y sacó las llaves. En el primer intento le pegó en el picaporte (nunca se puede en la primera después de dos Santa Ana tintos). En la segunda acertó y el cuerpo chocó contra la puerta de madera negra antes que su mano pudiera darle aunque sea una vuelta a la llave. Luego, recién, entró. Si alguien lo hubiera visto subir las escaleras hasta el segundo "b", hubiera dicho que Cánepa era un ser venido de Reputalandia. El efecto de la gomina había caducado hacía ya algunos minutos y el mechón negro se le escapaba hasta clavársele en su ojo derecho. Empujó la puerta… "quizá el mes que viene consigo laburo… o Juje saca unos mangos más y le ponemo una cerradura nueva, laquelotiró…". Revoleó los zapatos en el comedor, *dio unos pasos más* y cayó boca abajo sobre el colchón en la habitación. Antes de

dormirse abrió su ojo izquierdo y relojeó la mesa de luz: las 4:38 am...

La puerta volvió a abrirse a las 5:22am, Cánepa dormía. *Ella* lo miró en silencio y se le acercó despacio, apoyó una rodilla sobre el colchón (con olor a vino), y luego una mano, despacio, para no despertarlo (tanto lo quería). Después se recostó a su lado y cerró los ojos.

—Mmm… ¿novas a sacar... rte la ropa…?–preguntó Cánepa sin abrir los ojos.

—No, no, estoy muy cansada... dormí que es tarde, mi amor—contestó Julieta.

Cánepa se dio vuelta y esbozó una leve sonrisa con los ojos todavía cerrados:

—¿Cómo te fue hoy?

—Hubo mucho laburo... quizá mejore la cosa y nos podamos mudar, ¿no?

—...mmmssi, quien sabe....

Julieta lo miró a los ojos cerrados durante unos minutos; Luis ya estaba dormido. Julieta estiró su mano y alcanzó los cigarrillos y el encendedor de la mesita de luz. *Tuvo una imagen fugaz de su encuentro con el Negro en el bar un rato antes*… Luego, mirando el techo prendió uno y apagó la luz. En la oscuridad de la habitación se notaba un pequeño círculo rojo, el humo…

# Leyenda

**P**artióse la moneda el día que tocó la tierra desde su caída celestial. Partióse cada pedazo que contenía razonamiento, cálculo matemático, deducción filosófica, poder absoluto, control total, previsión, lógica, estructuralismo... solidez.

Partióse ese día y entonces cada hombre tomó una porción. Y cada hombre vio a su siguiente y envidió, e intentaron la búsqueda por un trozo mayor de la moneda, o, incluso, más trozos.

Hasta que un día, una mujer -las mujeres tenían prohibido levantar siquiera una parte- tomó de un lago azul, un trozo que ningún hombre había levantado porque estaba al revés. Al mirarlo de cerca confirmó lo que le había parecido desde lejos: ese pedacito tenía, en su otra cara, un corazón de colores, y quien lo levantara no poseería ninguna de todas las cosas conocidas hasta el momento, tan solo se haría acreedor de un mar de sentimientos que inundara para siempre su vida.

Desde ese día el hombre continúa su lucha en busca de más pedazos de lo que siempre tuvo, simulando no importarle el descubrimiento de aquella mujer. Tan solo simulando.

# Recuerdos de un futuro no muy lejano

**H**ueca la calabaza.  Uruguaya la yerba.

Larga la curva.

La mano derecha le tapa la luz y la ahoga,

mientras la sacude

para arriba

para

abajo,  y    pararriba

y

parabajo

Meada corta del corto pene del largo termo.

La humeante se hace lugar y baja lenta como lluvia

que penetra la tierra.

La uruguaya sin palos se resiste,

pero la plateada la penetra hasta lo profundo.

Ahora ya son un todo y un todo inmejorable

en una sola obra, para este ahora.

*¿Por qué cambiaste un mar de gente*

*por donde gobierna la flor, no ves que el río*

*nunca regalo el color?*[2]

Atardecer y mate,

sol en jaque.

Visto bueno para la ronda, más allá

de que *el vehículo se geometrice en* un cuadrado.

Verde y campo, cantos y cantos y cantos,

y tantos palos que se empeñan en volver,

en ir de donde se viene, de donde ya no hay.

---

[2] *suena León en la radio…*

Hay que cebar, hay que chupar, hay que cebar,

hay que pasar.

Los cuadros se mantienen detrás del vidrio,

pero viven en las formas

de esa naturaleza cercanamente inalcanzable.

El sol es el pasado más reciente,

ese que nadie reclama.

Clama venganza la noche que se arrastra lenta

por la espalda y acuchilla,

cargada de estrellas quelleganyllegan y llegan,

que son        luciérnagas              que están acá,

que se turnan para cantar, que se quedan

y que se van.

De tanto ir y venir en estas idas y vueltas,
la uruguaya se cansa, se aburre y se      abre
se separa de sí misma. Y queda entonces un vacío donde no había nada pero esa nada era tan llevadera. Y esta nueva nada trae un viento, lento, frío, que penetra y rodea como la noche, que come pies y brazos y manos, que acalla planteos que no tienen respuestas, que repite preguntas que cantan verdades... *"¿por qué cambiaste un mar de gente por donde gobierna la flor..?"*

—Creéme, si hay algo que no puedo hacer es mentir—me dijo.

—No sé—contesté—, vos me hablas de cosas que jamás imaginé… es jodido de aceptar.

*La Vieja* se levantó lentamente de la mesa, sirvió dos cafés más y se volvió a sentar.

—No hay nada que entender—prosiguió—, sólo tenés que seguirme, del resto me ocupo yo. ¿Para cuánto pensás que da todo esto? Te estoy dando una oportunidad que no suelo conceder.

—Si, ya sé, pero... mi familia... mis amigos... ellos no van a entender.

—¡De eso olvidate! —replicó levantando la voz— ¡Es tu vida, aprendelo de una vez! Imaginate viajar sin tener que pensar en el dinero. Ir a lugares que jamás se te podrían ocurrir. No puedo explicarte con palabras todo, hay cosas que hay que verlas, o mejor dicho, sentirlas. No tenemos mucho tiempo.

—Antes me dijiste que tenías al tiempo de tu lado—le recordé—, ¿y ahora me venís con que no tenés tiempo?

—¡El tiempo está de mi lado, pero no del tuyo! Por lo menos por ahora, porque desp...

—¡Pará! —interrumpí—. ¿Cómo sé de qué lado estás? ¡Andá a saber adonde me dejás después! Yo estoy bien como estoy, no quiero jugármela porque sí.

—Yo no estoy de ningún lado porque trabajo para mí y para nadie más. Yo no conozco nada de diferentes bandos, o de blanco y negro, o arriba y abajo; yo sólo sé que estoy yo. Y después de ver todo lo que tengas que ver, te vas a quedar donde vos elijas.

La miré a los ojos, a sus oscuros pero brillantísimos ojos negros. Su rostro semejaba una piedra trabajada por siglos y sus manos como agrietadas se movían con firmeza. Repentinamente, sentí una serenidad que no había experimentado jamás. No sé por qué, pero ver a la vieja me causaba una tremenda paz; yo sabía que hablaba en serio, y que no mentía, pero tenía miedo. Me hablaba de océanos de felicidad y de campos en los que se cultiva la paz. Me dijo que yo le caía bien desde que me vio nacer y por eso me daba la oportunidad de elegir.

—Todo esto me parece aterrorizante—*respondí*—, pero fabuloso al mismo tiempo. Creo que me gustaría ir... pero no puedo. No sé si tengo miedo o si amo demasiado lo que tengo, pero no puedo. Lo siento.

—La que lo siente soy yo, pero por vos—me contestó—. Está bien que ames la vida y la sientas en la manera en que lo hacés, pero no te aferres tanto a todo esto, no todo es para siempre; te lo digo yo que estoy desde siempre.

Me despidió con un beso en la frente. Antes de que pudiera agradecerle por el café, dio media vuelta y se marchó. A mí me agarró sueño enseguida y me quedé dormido sobre la mesa.

Cuando desperté estaba todavía en el hospital, con algunos amigos y familiares alrededor. Estaban muy contentos, hablaban no sé de qué y me abrazaban.

De todos los caminos que recorrió, éste es camino suyo más que ninguno. En éste pisa y pisa fuerte, en éste canta y su canto se escucha lejos, calla y su silencio es tan fuerte como el viento que lo acompaña; y su mirada ve, así que al mundo no le queda otra más que desarroparse, que entregarse a él, exactamente en la misma forma que ahora él se entrega al camino que recorre. Está más loco que una cabra, pero su locura le sirve (igual que a la cabra) para moverse a los saltos y en la dirección que quiere, sin importarle lo que se diga de él (total ya lo dan por loco). Está más sordo que un pez, porque ya lo ha escuchado todo, y la música de la naturaleza le entra por los poros. Está desmembrado, porque sus miembros se enamoraron de cada parte del camino, y como buen enamorado se han ido a vivir donde su amor.

Ya puteó, protestó y discutió todo lo que había que protestar y discutir; ahora se dedica sólo a matar sin perder el tiempo en quejas inútiles, ahora sus enemigos son sólo mucho más grandes que él (es la única forma que vale la pena pelear). *Se lo puede ver en lo alto abrazando la copa de* un árbol, cada vez que se cansa un poco de caminar y decide volar por ahí. Si tuviera todavía boca (y no la hubiese dejado en la boca de esa mujer), también se lo podría ver reír a carcajadas todo el tiempo. Y si tuviera

piel (se la quitó el día que se dio cuenta que sólo era un envoltorio que a cada instante se arrugaba más), extrañaría las caricias de esa otra piel que un día lo recorrió entero.

Siente como el centro de la tierra late, siente que la lluvia no quiere que él se esconda de ella, siente el calor del sol como una bendición, al cielo que le cuenta historias sobre la paz, al mar ahogarlo y revivirlo cientos de veces, al desierto vaciarlo por completo hasta secarlo de todo lo innecesario, y al viento enseñarle su poder, el mismo *poder* que él tiene en su interior y que nunca ha desclavizado. Siente, late, brilla y bebe. Bebe y se emborracha de un solo trago toda la vida.

## **San Pedro** (cuento para una canción)

**U**n horizonte de silencios en la piel del desierto, un desierto que se mezcla en la piel curtida por el sol. El sol no tiene censor por estos lugares, se arrastra hasta donde quiere, quiere llegar a cada rincón y lo logra, logra alcanzarlo todo cayendo como lluvia, lluvia que nunca llega, sólo llega el sol.

Todo un recuento forzado de cada milímetro de historia, historia personal fundida en esta historia como barro para vasija. Vasijas que son vendidas por rostros pétreos y agazapados... Vasijas que son regaladas por rostros arrodillados por siglos, siglos y siglos de sometimiento y soledad.

Volver a cero rompiendo la burbuja plástica y confortable de la ciudad. ¿Ciudades detrás de estas callecitas de tierra seca? No. ¿Ciudades detrás de la arboleda? No. ¿Ciudades detrás de la arena y la sal? ¿Ciudades?

Hallar la llave que cierre la moral (moralmente inapropiado, propiamente inmoral). Inmortalidades que parecen llegar con el viento del lugar; en el lugar del verde, polvo, en el polvo, reflejos de un sol con ojos de un oasis pequeñísimo.

Recordar todo, todo minuciosamente; mente en blanco como la arena que cubre todo este jardín, un jardín oculto a un costado y al otro, adelante y atrás. Acá atrás recordarlo todo y no volver jamás.

*San Pedro de Atacama, Chile, Enero 2001*

**C**reando periódicas explosiones fue como pudiste escapar (casi por instantes) a esas calamidades que te caían como cruces. Comandaste bruscos acontecimientos que acabaron bruscamente cuando cayeron los cascos azules, pero aquellos no contaron con el conocimiento que te queda cuando no queda qué comer.

Quizá cueste creer que la cuestión sea acumular colores como nunca antes, y no continuar corriendo tras consejos ajenos. Así que cristalicemos canibalismos y cuanta costumbre carnívora quede y desclandestinemos el caos que callan los corazones, que aunque nos quieran quebrar, si hay algo que a los capos del consumismo no les cabe, es que cantemos nuestras canciones.

# Siempre el mismo caminito

*Una tarde de domingo fuimo a caminar con la pebeta por la boca, mientras ella sacaba fotos yo miraba los cuadros y las casas. Jugaba boca, justo ese domingo... y yo imaginé un cuento que tiene ritmo de tambores de fondo...*

---

**U**na bolsa rota, un Resero vacío y un montón de hojas secas mezcladas con barro y más basura se recalientan con el sol del mediodía del domingo. Todo amontonado en el cordón elevado casi un metro para que no entre el agua de las inundaciones, de la inundación de ayer a la noche que pegó desde el sur, como siempre que llega el agua sin avisar. Como soldado que ha sido abandonado en plena batalla, un charco aislado, con agua de lluvia, encierra los colores y las formas de un chaperío. Parecido al de al lado, y al de al lado, pero todos distintos.

"¡Cuántas veces te tengo que decir que no te pares en el balcón! No, no, balcones son los de Palermo, ¡esos que nunca vas a conocer mientras rebotes la pelota contra la pared!". El gordo lo mira fijo al pibe, lo mira mientras mastica el choripan grasoso, sentado con el respaldo de la silla hacia adelante y los brazos cruzados apoyados.

El humo de la parrillita que está en la puerta del boliche de José, sobre la Quinquela, *viaja* hasta la esquina entrando en todas las casas. Caminito es un mundo aparte de este mundo aparte. El sol hace brillar más los

cuadritos del pintor sin manos y una pareja de alemanes, con sus bermuditas verdes y las caras blancas, le sonríen y le sacan una foto como hicieron ayer en el zoológico. Los cuadros miran hacia el centro de la callecita empedrada, miran a todo el que pase por ese túnel descubierto; pero más miran *los pintores*, parados detrás, con un mate o algún paquete de Criollitas. "I think this one is wonderfull", dice una vieja más pintada que el frente de las casas de por acá, y le da el pie perfecto para que Alberto se acerque, por más que no haya entendido una palabra de lo que dijo la vieja. Un par de frases que ya mencionó alguna vez, unos ademanes y el cuadro con la foto de la pareja tanguera se vende.

"Hoy show de tango a las 14:00", clama un cartel en la puerta de uno de los bares que mira al Riachuelo. Mesitas en la vereda, mezclándose con la Feria Artesanal, mesitas que invitan a sentarse a comer unos mariscos o una parrillada. Pero la comida en las mesitas de afuera tiene un no sé qué, un no sé qué olorcito raro que más bien parece acercarse del río. O del barco hundido, o del puente transportador, oxidado y viejo pero todavía ahí.

A eso de las tres, el olor se pierde en el sonido. Desde lejos, pero haciéndose cada vez más fuerte, el griterío se hace canción al ritmo de los tambores. Y ya no es lo mismo sin El Abuelo, como tampoco es lo mismo todo desde que pintaron y arreglaron, pero igual el chaperío tiembla. *O late, como dicen los fanas*... El gordo al fin se levanta: "Vamo' pibe, agarrá la camiseta... ¡*vamo boquita!*".

Entre esas idas y vueltas no creo que hayan descubierto cómo funciona todo, pero seguro que en esos largos paseos por la playa encontraron un poco de qué se trataba lo de ellos. Quizá la brisa blanca que llegaba del Pacífico mientras caminaban en silencio les atravesó, y ya demasiado con una brisa silbando dentro de los cuerpos.

Desde chicos, en el pueblo, siempre habían sido tan distintos, tan distantes uno del otro. Ni que hablar de sus conversaciones, de sus saludos. No, ni que hablar, porque nunca los hubo. Nunca los vi ni cruzarse miradas en tantos años en el pueblo. Se ignoraron siempre hasta el día en que coincidieron en el cumpleaños de Rita, el mismo día en que empezó lo de ellos.

De lo que estoy seguro, es que jamás lo oí hablar ni media palabra desagradable o lastimosa hacia ella. Y no creo que por cuidadoso, si siempre fue descuidado y desmedido al hablar, siempre diciendo un par de frases de más (se le notaba en la cara cuando hablaba cosas que ya sabía que estaban de más y que le iban a traer problemas). Pero volviendo a lo anterior, él siempre saboreaba frases deliciosas para con ella, y las soltaba delante de cualquiera (especialmente delante de mí) como

si liberara hermosas aves desde encierros. No sé si ella sabía todo esto antes. Ahora sí.

Ella era una señorita, con el pelo loco al viento, *si,* pero a pesar de ese detalle, siempre *bien* arreglada. Alta (más alta que él), delgada y de movimientos casi imperceptibles. Por lo que oí -nunca tuvimos una relación muy cercana-, no se sentía muy atraída físicamente hacia él, por el contrario, cuando estaban juntos ella solía mirar otros hombres de reojo, y hasta sonreírles sin importar si él lo llegaba a notar. Además ella era muy conocida en el pueblo, todos la saludaban aquí y allá (especialmente los hombres), la invitaban a cenar, a las fiestas, que no eran muchas, pero eran todas las que se hacían, y todas a las que él no concurría.

En realidad, nadie entendió muy bien como es que partieron juntos a la costa, nadie supo quién se lo propuso a quién, pero lo cierto es que un día, sin mucho alboroto, salieron bien temprano hacia el mar.

Las cartas que me llegaron hablaban de sus largas caminatas por la orilla del mar, al atardecer. El día que me invitaron a acompañarlos unos días en la casa que se habían alquilado en la costa, lo dudé, no sé, ellos siempre tan distantes, tan distantes entre ellos mismos, era incomodo pensar pasar unos días así.

No, no creo que haya sido la brisa del mar, ni las charlas, ni siquiera las cosas que él se atrevió a contarle. Esa tarde los noté distintos, distintos a todos, tan

cercanos, tan cercanos a ellos; esa tarde yo los miraba caminar por la arena húmeda, cerca del mar, los vi mirarse a los ojos, en silencio, serenos, los vi irse juntos, y no los vi más.



De

# Amor Devorando

2005

*Entre charlas y charlas con Genaro –algunas amenas otras no tanto–, supe que la gestación de* Amor devorando *llevó más de nueves meses: fue engendrado en Méjico, tuvo su ciclo de introspectiva oscuridad en las noches de un departamento en Balvanera, tomó forma en las mañanas de un invierno en La Tablada, y se preparó para nacer en una primavera en Parque Patricios. Sé también que la mayoría de sus relatos surgieron en psicodélicosuprarealistasviajes. Y cuando volvía de esos estados, tenía momentos de asombrosa lucidez: "*La idea del tiempo *—me dijo—* es una mentira. Nos inventamos eso para ordenarnos, para explicarnos cosas que son inexplicables, y terminamos creyéndolas... somos muy graciosos, para ponerle un sentido amistoso, claro...*". Yo simplemente lo escuchaba, sabía que sus divagues me conducirían a algo provechoso. "*Queremos sacarle provecho a todo; pocos miran un árbol sin querer cortarlo para algo... Venimos de siglos de hacer y hacer sin parar... El Estado siempre fue un sistema de adoctrinamiento; y lo que llaman ciencia es simplemente una creencia, como las religiones, pero con otro camino... Y así estamos...*".

*En fin, no podemos guiarnos por las opiniones de alguien que no vive la realidad cotidiana...*

¡vos me hacés reir los huevos, pendejo!<br>
Vos me hacés reír los huevos...

*En su primera edición, el libro* Amor devorando *contenía dos partes principales, y así como sucede en un mismo terreno con dos casas, cada una tenía su entrada. De un lado del libro se presentaba la novela "Amor devorando", y al darlo vuelta (literalmente hablando), quedaba a disposición "Historias cruzadas", una serie de relatos y poesías escritas por la protagonista de la novela. ¿Complejo? Entonces imagínese si le cuento que además los capítulos de la novela aparecían desordenados (capítulo 3, capítulo 1, capítulo 6…) como un rompecabezas para armar. No, si para revirados, el don Genaro es un especialista. De cualquier modo, para la presente edición elegí ordenar linealmente los capítulos para facilitar su lectura. No faltará quien diga "lo hubiera dejado como estaba este zanguango…". Menefrega, decía mi abuela, y es la respuesta que ofrezco en ese caso (Uf…. ya me estoy mimetizando con Genaro…)*

*"... lo ahorqué mientras las lágrimas manaban de mis ojos y el más amargo remordimiento me apretaba el corazón; lo ahorqué* porque *recordaba que me había querido y* porque *estaba seguro de que no me había dado motivo para matarlo; lo ahorque* porque *sabía que, al hacerlo, cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma hasta llevarla –si ello fuera posible– más allá del alcance de la infinita misericordia del Dios más misericordioso y más terrible."*

*The black cat*
Edgard Alan Poe

*Es así que emprendí mi próxima venganza...*
*(lo siento, Débora, vos también sos parte del juego)*

don Genaro

# Capítulo I: débora

El Distrito Federal, México

*por débora*

Llegamos anteayer, después de un vuelo largo pero bastante agradable. El aeropuerto de la Ciudad de México es muy bonito, y eso que a mí los aeropuertos ni me van ni me vienen. En todas partes mucha gente. Parece que el D.F. es así, en todas partes mucha gente, mucha. Y mucho smog, por cierto. De cualquier forma, no me pareció tan grave la cuestión, después de todo ya estoy más que acostumbrada a la vida en Buenos Aires, y ésta amenaza con ser bastante parecida.

Tal vez haya sido por nuestro acento, o tal vez por alguno de esos arreglos reservados en los que los turistas no son más que presas del mercado capitalista; pero el hecho es que la joven de *I*nformación al Turista nos recomendó hospedarnos en un hotel de la calle Motolinía y 5 de Mayo. El nombre del hotel era "Buenos Aires". Allí, en curiosa contradicción con tanta fama, todas las habitaciones se encontraban desocupadas. Escogimos la número once: doble con baño privado. La escogimos no porque resultara simple acceder hasta ella, sino porque el recorrido hasta la habitación incluía atravesar un

simpático primer patio, bordear el pintoresco aljibe del patio trasero, y, por fin, aventurarse a través de una escalera del siglo pasado.

La habitación no era cómoda, era precisa. Desde allí, él trazó toda nuestra estrategia de viaje, la cual respetamos de principio a fin. La cual renegó, también, de principio a fin.

## La ciudad de los dioses

Sin mucho esfuerzo, logramos llegar temprano, minutos después de haber amanecido. El camión nos había dejado no muy lejos, a tan sólo algunos metros del sendero de acceso a las ruinas. Y caminamos. ¡Mi amor, cuanta expectativa! Por fin estábamos ahí, parados sobre el canto rodado que parecen una alfombra desplegada y lista para entrar en todo un universo perdido en el tiempo. Creo que jamás olvidaré el momento exacto en el que finalmente pisaste La Calzada de los Muertos. Cerraste los ojos y aspiraste profundo: sé que sentiste el aire frío recorrerte todo el cuerpo desde adentro, soñar que estabas respirando *aquél* aire. Cuando abriste los ojos nuevamente, nos atrapó la inmensidad: el esplendor de una grandiosa ciudad de piedra y polvo; el cielo celeste del amanecer y el sol, asomando apenas tras las montañas al este. Volví la mirada hacia vos y vi en tus ojos tanta felicidad, que me dio por llorar.

*Imagino un día en la vida aquí y una muerte...*

Fuimos y vinimos entre la bruma de la mañana, sin hallarnos aún. El lugar permanecía todavía en silencio, nadie alrededor que gritara niño vuelve aquí que te puedes perder, o sacara fotos dale pónganse ahí che. Todo para nosotros. ¡Cuánto deseabas estar aquí, mi amor!, apretando en tus puños la tierra, acariciando rocas erosionadas por siglos de viento. Y aquí estás. ¡Cuántas veces recorriste con tu índice una y otra vez ese mapa que calcaste en alguna biblioteca! Y aquí estás, ansioso, fascinado.

Unos pasos, un montículo de tierra, unos pasos, y otro montículo; luego, trepamos metro y pico hasta el techo, ya arrumbado, de una casita junto al camino. Nos sentamos y desayunamos unos mates. Un anciano que pasaba cerca nos preguntó como sin querer, si nos habíamos *preparado* debidamente: "Teotihuacán significa, en lengua nahuatl, la ciudad de los dioses, o también, la ciudad donde los dioses vienen a morir", dijo, y siguió caminando como si nunca hubiera emitido sonido, como si sus palabras mencionadas hubieran sido nuestra alucinación. Nos miramos sin entender; vos me pasaste otro mate.

*Imagino una mañana con olor a maíz quemándose...*

Nene. Te veo como un nene jugando a ser un capitán de barco. Antes del último sorbo de agua caliente me tomaste de la mano y me llevaste: el primer gigante de piedra nos aguardaba, silencioso. La Pirámide del Sol, un monstruo en lo alto y en lo ancho, amedrenta a cualquiera que sueñe con llegar hasta su cima. Nunca fue simple; no

lo es. Quien la pretenda deberá anhelar, uno por uno, sus doscientos cincuenta escalones de casi medio metro cada uno (y pude haberme salteado de contar alguno entre tanto uf uf uf tuyo). Eso, o la mera admiración desde la base.

"Yendo en zigzag, como las serpientes, no lo sentirán tan encumbrado". Lo que en un principio nos pudo haber resultado cómico, seguramente luego nos fue muy útil. Y así fuimos, con el respeto con el que uno entra en la casa sus abuelos; escalón por escalón, sensación tras sensación, hasta la cima. No me había terminado de secar la frente de gotas de transpiración, luego de haber sorteado el último peldaño, cuando ambos fuimos súbitamente atropellados: el viento del lugar se nos presentaba. Él nos mostró verdaderamente quién manda en las alturas. Arrogante y poderoso, nos gritó una y otra vez hasta estirarnos la cara y enloquecernos el pelo. Luego, como quien se retira una vez acusada su presencia, nos abandonó al silencio, dejándonos tan sólo su recuerdo en un silbido lejano.

Abajo (y vale decir *abajo*), polvo y voces chillonas arremolinándose turísticamente; arriba (y vale decir *arriba*), el silencio de las alturas. Un silencio solemne, continuo, parejo (supongo que por eso que decidí no molestarte cuando te sentaste al borde del precipicio). Ambos, vos sentado y yo parada unos pasos detrás, sentimos al mismo tiempo el mismo secreto revelándosenos como una puerta que se va abriendo lentamente. Quizás haya sido el silencio, quizás la altura, aún no lo sé; pero algo, guardado allí eternamente, estaba

ya en nosotros. Y supimos, mucho más de lo que podamos alguna vez llegar a explicar. Supimos.

*Imagino qué hubiéramos sido, de haber nacido aquí...*

En realidad, me resulta complicado determinar cuánto tiempo permanecimos allí; pero recuerdo que en un momento dado el griterío de abajo ya nos merodeaba. Comprendimos que era tiempo de bajar. El descenso fue bastante rápido, sobre todo porque yo me apuraba para dejar atrás tus carcajadas de verme al borde de perder el equilibrio (aunque debo reconocer que adoro cuando sos tan nene). De todas formas, podrías haber dejado de reírte un poco cuando llegamos abajo, ¿no? Seguramente, de no haber sido por la repentina interrupción de aquél guía proponiéndonos sus servicios, todavía te estarías riendo. En un principio dudamos, ahora creo que fue acertado haberlo invitado a comer unos sanguchitos con nosotros y escucharlo un par de horas, era claro que no pretendía embaucarnos (nosotros siempre tan identificados con nuestra vida cotidiana). Así como también debe haber sido muy acertado haber decidido continuar por las nuestras. Ya era entrada la tarde y todavía nos faltaba La Luna.

Me preguntaba cuánto de cierto había en aquella leyenda del camino que se les auguraba a los guerreros en su búsqueda de sabiduría. El guía nos había retado a comprobarlo nosotros mismos, aplaudiendo a medida que avanzábamos por la calzada. Desde lo lejos, donde se inician los cuatro kilómetros de la calzada, se yergue La

Pirámide de Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada. Allí, las construcciones junto al camino son pequeñas, y nuestros aplausos no recibían eco alguno; metros más adelante, aproximados a la Pirámide del Sol, los aplausos se repetían en sonidos dulces, como de pichones; por último (¿por último?), justo antes de llegar a La Pirámide de La Luna, se oían, en ecos fuertes y agudos, las águilas.

Las serpientes se arrastran… las aves aprenden a volar… el cielo surcado por sigilosos rapaces… La metáfora nos asombró.

*Imagino los fuegos y los tambores al atardecer, preparando el sacrificio de hoy…*

.....

Al fin, ante nuestros ojos, La Pirámide de la Luna. Por cómo te paralizaste cuando ya estuvimos frente a ella, creí que te habías convertido en piedra. Tus ojos estaban a punto de salirse de orbita; noté tu cuerpo estremecido. Nuestra pobrísima vista no alcanzaba (¿a quién sí?) para hacernos comprender aquél universo. Algo, evidentemente, *nos está* faltando para lograrlo. Acaso algo que hayamos olvidado con el tiempo.

Caía la tarde cuando un grupo de hippies religiosos, vestidos con amplias túnicas de colores y grandes collares, comenzaron a hacer sonar unos tambores como si estuvieran iniciando algún rito mitológico. Sentimos aprensión; nos movimos unos metros hasta una formación rocosa ubicada en el centro de la Plaza de la Luna, frente a la pirámide. Los del extraño grupo hacían

reverencias y fijaban sus miradas en lo alto de la pirámide. Súbitamente, todo a nuestro alrededor fue confluyendo hasta el sector que unía al grupo, a la pirámide... y a nosotros. Se encendieron antorchas; el brillo latente de sus fuegos nos delató la presencia de la noche. Los tambores nos aceleraron el ritmo cardíaco y una potente luz blanca nos encandiló: en lo alto de la Pirámide, el ojo gigante de la noche, la Luna heliasta. Estábamos perdidos en un hipnotismo profundo, trasladados hasta lo alto a través de un halo de luz que nos alzaba para observarlo todo desde allí. Ya no sufríamos el miedo: estábamos dispuestos sacrificar lo que fuese por ser parte del cielo nocturno. Incluso, nuestras vidas.

Bueno, ya es demasiado tarde, dijiste; yo asentí. Volvimos por el mismo caminito de piedras hasta la entrada; luego caminamos bajo la noche, sin mirarnos, en absoluto silencio, hasta la parada del micro que nos llevaría al Distrito Federal.

En el trayecto de retorno se me dio por pensar en los ríos de sangre que debieron haber corrido por los escalones de las pirámides, o en los antiguos sacrificios a los dioses. Nosotros estábamos bien; sin embargo, saboreábamos un extraño gusto amargo en nuestras bocas, como a sangre.

# Los días en Chiapas

Él aborrece estar sudado. En Palenque hace mucho calor, un calor pegajoso, pastoso, y mucha humedad; así que él se bañaba varias veces al día para no estar con ese olor a transpiración que uno siempre tiene en medio de la selva. A mí me crispaba los nervios que estuviese más pendiente de eso que de disfrutar del lugar y del momento (nuestro momento, por cierto). Traté de hacerlo entrar en razón de que cuando uno escoge albergarse en chozas de paja y madera entre la vegetación (y eso había decidido él), es bastante probable estar desalineado o sucio. Pero no había caso. De todos modos, por puro instinto o simplemente por una cuestión de imitación (vaya uno a saber), terminamos por adoptar ese curioso hábito lugareño: pasábamos los días tirados en las hamacas que estaban colgadas fuera de la choza, fumando marihuana o tomando cerveza Sol. El máximo esfuerzo lo hacíamos cuando salíamos a caminar por la selva: a pesar del calor o la humedad del ambiente (y la infaltable transpiración), a él le fascina la densa vegetación selvática. Como es habitual en estos lugares, estaba repleto de insectos raros, inmensos, peludos, de esos que uno jamás se cruzaría en una ciudad. Y ruidos extraños también. En cada atardecer empezaban los chillidos: grillos, pájaros, monos; jugábamos a adivinarlo, a afinar los oídos y "loros, son loros, no, gorilas, ¿gorilas? ¿qué decís?" Lo cierto es que nunca llegamos a saberlo con exactitud. El holandés de la choza vecina, un escuálido ser consumido

por las lecturas filosóficas y las hierbas nórdicas, nos aseguraba en una mezcla de un inglés gutural y portugués recién aprendido, que eran monos gigantes preludiando el advenimiento de terribles tormentas. Por momentos se soltaba una lluvia torrencial en pleno sofocamiento del calor; era una lluvia como un telón pesado que descendía sorpresivamente durante varios minutos; luego retornaba el sol o la luna, si ya era tarde. Sin embargo, a diferencia de la ciudad, donde la gente huye despavorida de las tormentas corriendo de aquí para allá en búsqueda de refugio, los lugareños continuaban sin agitarse, con lo que fuera que estuvieran haciendo en ese momento - que tampoco sería nada extenuante en realidad. Todo transcurría de forma lenta; sabíamos que el tiempo ya estaba perdido (o ganado, lo bueno es que resultaba lo mismo), olvidado en alguna estación de colectivos.

Nadie se hubiera mostrado sorprendido si de pronto hubiéramos decido quedarnos a vivir en Palenque; aquí no es de extrañar que, de tanto en tanto, un par de mochileros o de turistas perdidos decidan, así como así, quedarse a vivir. Tampoco puedo decir que nos habíamos enamorado del lugar como esos que, estando de vacaciones en algún recóndito paraíso, proyectan mudarse para siempre allí, para dedicarse exclusivamente a cosechar batatas y recoger agua de los manantiales.

No. Si nos hubiéramos quedado, nos hubiéramos quedado porque sí, por habernos, simple y llanamente, mimetizado lentamente con el ecosistema,

por haber sido

una gota de agua

que de repente cae desde el cielo

junto a otra que también cae,
sin decir mucho, porque así es la vida,
y unirnos en un pequeño lago que se forma
sobre alguna hoja gigantesca y muy verde,
y entonces ambas gotas somos una sola gota
que nos deslizamos hasta el borde mismo,
hasta el límite
y nos quedamos una eternidad
pendiendo de una espina,
sintiéndonos en el aire hasta dejarnos ir,
abrazándonos fuerte y desprendiéndonos del miedo
en un acto de heroísmo,

soltándonos

a lo que fuese…

Podríamos haber pasado más tiempo allí, no hay dudas. Sin embargo, no lo hicimos. Una mañana soleada, vencida ya la primera quincena de Enero, fuimos en búsqueda del Señor Pacal, en su morada del antiguo

imperio maya de Palenque. Y cuando el sol cayó detrás de los montes, partimos hacia San Cristóbal de las Casas.

## Pacal: El Señor De Palenque[3]

*"El 31 de agosto del 683 d.C., se extinguió la luz sagrada que había iluminado a Palenque durante muchas décadas. El señor Pacal (8 Ahau, el día de su nacimiento según el calendario maya) iniciaba su nuevo ciclo: el de la muerte. Once años antes de su fallecimiento había descendido al reino de las sombras su esposa Ahpo Hel, dejando a Pacal en una dolorosa soledad.*

*Muchos años antes de su muerte, el propio Pacal había ordenado construir su sepultura, recreando sobre ella, en la forma de una alta pirámide de nueve niveles, el espacio infraterrestre, que se concebía como una pirámide invertida de nueve estratos por los que su espíritu habría de descender hasta llegar a su última morada. Así, el gobernante, identificado con el Sol, descendería como él al inframundo y renacería sacralizado. El cuerpo de Pacal se representó en la entrada de la gran boca de la tierra que conduce al inframundo, formada por las fauces superiores levantadas de una serpiente de dos cabezas, símbolo del reino de la muerte. De la nariz del gobernante surge un signo que representa al espíritu abandonando, y desde su pecho se levanta una cruz que remata en lo alto con una mandíbula de serpiente hecha de cuentas de jade, piedra que representa la vida, sobre la que se posa a su vez el pájaro-serpiente, otro símbolo del dios supremo en su aspecto celeste y solar. La barra horizontal de la cruz es una serpiente de dos cabezas. Esta cruz serpentina es la imagen del dragón celeste, pero también el árbol que está en el centro del mundo y que divide los cuatro rumbos cósmicos. Es ésta la compleja representación simbólica del*

[3] "Los misterios de Palenke", Mercedes de la Garza Camino

*universo como lo concebían los mayas, formado por tres niveles: el cielo, la tierra y el inframundo...*"

San Cristóbal de las Casas

Encontramos que San Cristóbal era una ciudad pequeña, de casas bajas, y que por momentos me hacía recordar ciertos pueblos del noroeste argentino (las casas, la plaza principal, los colores...) En uno de los tan frecuentes puestos del mercado, decorados con tapices indígenas de variados colores y máscaras de madera tallada, hallé una postal preciosa de la Virgen de Guadalupe. Escribí unas líneas y se la envié enseguida a mi hermana; *el* tardó bastante en decidirse por alguna, acabando por mandar una de las ruinas de Palenque (obviamente, no estaba muy conforme, como con todo). En aquél puesto, una mujer nos orientó sobre cómo llegar hasta San Juan Chamula, un pueblecito cercano que no muchos turistas visitan y que nosotros decidimos, sin haberlo pensado mucho, intercalar en nuestro itinerario.

Fue así que, a la mañana siguiente, montamos la camioneta municipal de las nueve y cinco -una de esas Volwsvagen blanca, que parecen un paquete de pan lactal-. Se abrió la puerta corrediza y un hombre, relativamente joven, con sombrero de paja y pantalones caqui, nos invitó a pasar y a ubicarnos en el asiento trasero. Era una

siento largo, pero había lugar sólo para una persona y nadie podía ir parado, porque el techo de esas camionetas es muy bajo, así que tuve que sentarme sobre piernas de *él* y hacer todo el trayecto así. A nuestra derecha, teníamos a una señora que cargaba entre sus piernas, y dentro de una canasta de mimbre, un gallo, grande y marrón; y del otro lado a un hombre (muy parecido al que nos había abierto la puerta) que llevaba frutas y verduras en una bolsa. Marcos (al menos eso decía en la tarjetita que colgaba de la palanca de cambios) nos aclaró que el costo del viaje hasta San Juan Chamula era de cincuenta centavos cada uno. Pagamos e inmediatamente encendió el motor.

Algunos incidentes irrelevantes antes del viaje

Justo antes de arrancar, otro hombre quiso subir. Marcos le advirtió, en un tono no muy amable:

–*Completo... tome el que sigue*

–*Nooo, que llego tarde, déjenme subir*–al tiempo que abría la puerta y ponía un pie adentro.

Una señora mayor, de gran contextura física, que estaba sentada en el asiento del acompañante del conductor, estiró su brazo derecho hasta el apoyabrazo de la puerta abierta y

–*¿Qué no escuchó que está completo? ¡Aquí no puede sentarse!*

*S*e produjo un brusco forcejeo,

–*Córrale, gorda, ¡que sí puedo entrar!*

La "gorda" empujó con vehemencia (y con ambos gordos brazos) al hombre hacia la calle, que por nada del mundo soltó la puerta ni sacó el pie de la camioneta.

—*¡Hija de la chingada!*

—*¡Pero que dije que no cabe, pinche cabrón!*

—*Pos vea que sí.*

El hombre cerró bruscamente la puerta, quedando aplastado entre ésta y la gorda. Después del pequeño incidente, partimos.

## Rituales paganos en la iglesia de San Juan Chamula

Tras casi una hora de subidas y bajadas por camino de montaña, llegué a divisar un cartel que anunciaba: "*Poblado de San Juan Chamula. Los gringos no son bienvenidos.*" Tomé en broma esta última frase hasta que, al descender de la camioneta, sobre la vereda de la plaza del pueblo, un viejo, vestido con una túnica blanca y una cuerda negra a modo de cinturón, nos avanzó: "*¡gringos!*". Creo que el bastón que sostenía en una de sus manos el anciano, y su cara de pocos amigos –al menos amigos gringos–, nos hicieron reflexionar. Probablemente mi largo cabello rubio y nuestros rostros de tez tan blanca y expresión de nada, pudieron haber sido los detonantes de tal amenaza. "*Por favor, señor, tranquilícese, estamos de paseo, pero de ninguna manera somos yankis*". El buen hombre nos dejó seguir con vida. Eso sí, no muy satisfecho. (Por lo bajo le oí mascullar "*yanquis o no... son gringos igual*".)

Nos dispersamos lentamente del grupo con el que habíamos llegado (la gorda y el hombre tuvieron unos segundos más para continuar insultándose. ("*Güevón, que no te vuelva a ver en le regreso, eh*", "*chinga tu madre*").

No sabíamos muy bien a qué se había debido nuestra decisión de viajar hasta allí, hasta que nuestras miradas se juntaron en un mismo punto: la iglesia de San Juan Chamula. A ninguno de los dos nos atrapaba ninguna religión, mucho menos la católica; sin embargo coincidimos al unísono que esa edificación sería, en realidad, nuestro motivo.

Un sitio fuera del tiempo. Un espacio más allá de cualquier ubicación geográfica. La ciencia no lo podría explicar; el hombre moderno se sentiría incómodo. La luz del día penetraba a través de los vidrios azulados de forma extraña. Tal vez ni siquiera era la misma luz; tal vez todo lo exterior se transformaba al entrar. Sobre las baldosas frías no había ningún banco de iglesia; sobre las paredes no había ningún santo, y, la inmensa cruz de madera en el altar no sostenía la clásica imagen: allí se erguía a un Cristo negro, indio.

Como si hubiéramos perdido nuestra voz –por qué no nuestra presencia material–, permanecimos apostados en un rincón para presenciar el ritual que comenzaba sin campanadas de llamada. La señora que había viajado con nosotros en la camioneta se encontraba allí, arrodillada de frente al altar, con la canasta de mimbre a su lado, y el gran gallo marrón dentro, sereno. Junto a ella, pero del lado derecho, un hombre descalzo, en jeans y cueros, también

arrodillado. Mi mente occidental no me permitirá jamás repetir lo que vi sin dudar constantemente de lo que voy narrando. Fueron cuatro pasos, cuatro "paradas" formando una "U" al revés. En la primera y en la última, relativamente cercanas a la puerta de entrada (y a nosotros, que no sabíamos si huiríamos en cualquier instante), ella se avocó a rezar en voz baja, prácticamente inaudible. ¿Qué era lo que estaba sucediendo en realidad? Obviamente no voy a responderlo. Al llegar a la segunda parada, próxima al aparente altar abandonado, la mujer comenzó a soltar gritos y aullidos en un idioma inentendible para nosotros, pero que nos hicieron estremecernos. Con su mano derecha tocaba el vientre del hombre y con la izquierda cerraba y abría su puño en un reclamo casi guerrero. De pronto se quedó en silencio; luego se movieron hasta el tercer sitio. Allí ocurrió, seguramente, lo más increíble de toda la escena: ella sacó de entre su cuerpo una botella cubierta por una bolsa. Bebió un sorbo, e inmediatamente lo escupió en forma de rocío sobre el gallo, que quedó repentinamente paralizado, hipnotizado. Ahí mismo, ella le produjo un tajo con algún elemento punzante que no habíamos notado hasta el momento, y con la sangre que se iba derramando, salpicó al hombre en su cabeza y en su pecho, al tiempo que no dejaba de gritar. Esto duró unos minutos, calculo; luego toda la iglesia quedó en absoluto silencio, un silencio que podría haber paralizado el mundo entero. Cuando se sentaron en el cuarto punto, nosotros ya no lográbamos articular los pensamientos.

"*Sacá la cámara, nena, que voy a tomar unas fotos*", me dijo él. Lo miré extrañada, y me opuse fervientemente. Se generó una discusión que llamó prontamente la atención de los pocos presentes. Ambos nos sentimos ridículos y salimos enseguida de la iglesia. Bufando y pateando cosas como un chico, él continuó molesto durante un buen rato. Sostenía que debíamos registrarlo todo en el cuaderno que llevaba, y que ya se estaba convirtiendo en una bitácora del viaje. Yo permanecí callada un buen rato, tratando de entender. No quería hacerlo, pero ciertos pasajes de todo nuestro recorrido hasta aquí, se me vinieron encima como fotos instantáneas. Saqué la conclusión de que *eso* era exactamente toda nuestra aventura para *él*: mapas, anotaciones, cálculos... una experiencia científica.

Regresamos juntos al hotel de San Cristóbal, y también dormimos juntos en los sitios restantes para volver a Buenos Aires; pero dudo que hayamos tomado los mismos caminos.

# CAPÍTULO II: El Capitán

Esta es la historia de mi muerte.

Injusto o no, el hecho es que la vida es lo que me ha quedado atrás, y eso es una de las pocas cosas que no se pueden cambiar. A uno le puede tocar que el filo de la guadaña le caiga encima en diferentes circunstancias: en manos de otro, por la noche, tomando un helado de chocolate, etc.; en mi caso particular, y más allá de la causa, he contado con la suerte de saberlo con antelación. Por supuesto, no faltarán quienes sostengan que no es peor la muerte sino la certeza de que ésta se encuentra próxima a llegar; yo digo que eso depende de cómo se interpreten las fanfarrias a la hora señalada. Como es sabido, la muerte no ocurre todos los días – me refiero a la propia, obviamente –; y ante semejante suceso, yo prefiero estar a la altura de las circunstancias. Además, de una u otra forma, aun sigue siendo *mi* muerte y de nadie más, qué va.

*–¡Capitán! ¡Capitán! ¡Por favor, salga!... Tenemos un problema en el cuarto de máquinas…*

II:I

¿Es toda esta invencible ola de pasiones desenfrenadas el verdadero amor? ¿O será que el amante sigiloso, aquél que logra cuidar racionalmente su amor, es un amante más elevado que llegará finalmente a un amor más profundo?

Me rindo constantemente ante una fuerza indómita que rara vez me suelta para moverme libremente; me ahogo en distintas pócimas -algunos insisten en llamarme borracho-, sin siquiera así lograr disfrazar esta terrible angustia. Y lo único que poseo, después de tanto, es la certeza de que, a pesar del enigma –o tal vez movido por–, no veo otro camino para mis días que el de continuar en esta búsqueda infinita.

Hace más de medio siglo que llevo surcando los mares del mundo. He cruzado océano tras océano; he atravesado horizontes que parecían imposibles; jamás ha existido algo en este mundo que pudiera detenerme... Sin embargo, desde que descubrí a *débora*, ya nada ha vuelto a ser igual que antes.

La amo. ¡Vaya si la amo! Tanto, como a este mar que me rodea y me produce este sentimiento tan ambiguo: el de saber que es mi vida, al mismo tiempo que mi futuro y eterno descanso. La bendigo y maldigo una y otra vez; lo bendigo y maldigo una y otra vez por envolverme cual tierra que envuelve un ataúd oscilando permanentemente (como mi fe de alcanzarla algún día). Desesperado y confundido, soy un quijote que arrastra un caballo de mar contra viento y marea, con la única pero imperiosa

necesidad de arribar finalmente a su puerto. Y voy, voy ¡voy!, montado en la ola de mi pasión arrebatadora, erguido en la fuerza de mi voluntad como arma. ¿Cuánto más? ¿Dónde uniremos finalmente nuestro amor? Aún no lo sé.

Mientras tanto, aquí continúo, sentado en mi cómodo sillón del camarote, fumando, bebiendo mi inseparable J. Walker, repasando de forma desordenada mis notas, las que me brotan irrefrenables (como les deben brotar a quienes se hacen llamar "los poetas" cuando los acosa su musa) después de cada encuentro con débora. débora... en todo su misterio, virginal e inexpugnable, vive la ironía del enigma.

¡Y con cuánta soledad afronto semejante empresa! Me es tan triste reconocer que la tripulación entera no entiende nada del *Amor*, no, ¡no saben nada de la vida!, y así llevan sus días, trabajando y trabajando sin pensar, malgastando su tiempo libre en estúpidos juegos de cartas que terminan siempre en sangrientas peleas. ¡Vagos!, ignoran que algún día el océano abrirá sus fauces y descargará todo su poder destructor sobre esta pequeña nuez. Y entonces ya no habrá más tiempo; y se arrepentirán, ¡oh! ¡si que se arrepentirán! por no haberme escuchado, por no haber buscado, por no haber amado… como yo.

Nunca olvidaré la primera noche con débora. Un cielo plomizo, cerrado, de llovizna y rayos en el horizonte se cernía sobre nuestro navío, la fragata "*Beatricce*". Aquella noche el mar no estaba calmo: se alzaba contra

nuestra nave en lengüetazos embravecidos. Yo recién comenzaba mi horario de guardia, pero había decidido recorrer la cubierta para despejarme un poco. El piso empezaba a mojarse apenas con la lluvia, así también mi pilotín. Como había dormido algunas horas sin ser molestado, estaba presto a cumplir mi horario casi con gusto –perfecto inconsciente, como todos estos inútiles. Al promediar la noche, me senté en uno de los bancos de la cubierta con vista al frente, bajo el resguardo del techo que me brinda la cabina de control. El "*Beatricce*" oscilaba serenamente de babor a estribor, de estribor a babor. Prendí un cigarrillo. Metí mi mano por sobre mi pilotín, escarbé hasta dentro de uno de los bolsillos del traje (precisamente del superior izquierdo, allí donde normalmente la ignorancia popular imagina al corazón) y saqué un libro, "Amor devorando". Por esas cosas que tiene la vida en los barcos, algún descuidado había olvidado este libro en mi camarote. La vida es tan curiosa a veces; en alta mar o en tierra firma, en eso no hay diferencia. Uno no imagina nunca dónde lo llevará cada decisión. Cada opción, hasta la más insignificante puede llevarnos al amor, a la locura… o a la muerte. Digamos, por ejemplo, la oportunidad de tener, simplemente, un libro en las manos. Y abrirlo. Y descubrir*la*. Y pensar que uno está descubriéndola, cuando en realidad el honor se lo lleva quien realiza el acto en primera instancia, como el que desenfunda primero en un duelo, y en ese caso, entonces…

Tocar una vida, como cualquier otra; abrir un libro, como cualquier libro. Ser instantáneamente absorbido

por un montón de curiosas historias, de gritos y silencios, de lugares, de personas y sus viajes ensoñados.

Pero, claro, no todo me resultaría tan simple como abrir un libro cualquiera y leer, de forma metódica y ordenada, un compendio de narraciones desde su principio hasta su fin. Una importante cantidad de hojas de "Amor devorando" se habían desprendido del lomo, y sus páginas, amarillentas y borrosas por el paso del tiempo, habían perdido la numeración y me llegaban, para mayor desconcierto, absurdamente entremezcladas. Además, como si esto fuera poco, su autor, suponiendo que lo hubiera, permanece aún para mí, detrás de un velo de absoluto misterio. Irónicamente, entre tanta vaguedad y desconcierto, lo único claro era débora. *Ella* lucía entre todas las historias como brilla una estrella fugaz que surca el firmamento. Cada uno de los relatos que ella me contaba – porque cómo dudar, a esta altura, de que eran para mí, de que *ella* era para mí – se me presentaban como un interrogante salvaje y fresco que le daba curso a mi miserable vida en medio del océano. *Ella* en mis manos; tan sutil, tan dócil, tan bonita. Y peligrosa también, pero cómo negar su irrenunciable atracción, aunque me quemara, aunque me ardiera aquí, profundo, en el interior mismo de mi pecho.

Lo cierto es que sus anécdotas de viaje me hicieron verla como una nena ingenua perdida entre la muchedumbre – y aquí me declaro culpable del cargo: justamente eso no es otra cosa más que lo que yo siempre he pretendido que ella fuera.

Volviendo al libro, recuerdo que, salvo por un par de insolentes gotas –¡cómo detesto ciertas insolencias! –, y de aquél descuidado desorden –¡las insolencias y el desorden! –, se encontraba bien protegido de la inclemencia del aguacero. Además, como un preludio de lo que serían los próximos encuentros, ni bien abrí *Amor devorando*, la llovizna cesó y le dio paso a un cielo despejado. Enseguida pude sentir su –permítaseme el oxímoron– peso liviano, su fragilidad. La acaricié despacio, sin mirarla; buscando sus relieves, casi como lo haría un ciego en el sistema Braille. Luego me zambullí de lleno: ¿existe algo semejante al placer de la primera cita?

## II.II

Será tal vez que, en el transcurrir de las noches silenciosas en el mar, uno llega a comprender cómo todo se sucede con un increíble orden cósmico. Pasar horas y horas contemplando la inmensidad transporta la mente hasta sus sitios más recónditos, devela la conexión con el espacio, con lo absoluto. Y todo cobra un verdadero sentido, o más precisamente, lo pierde. Ya nada importa, porque todo importa: cada acto, cada decisión, es sólo un grano de arena en el desierto, una gota de agua en el universo. Y eso es todo y es nada al mismo tiempo.

Aquellas primeras citas con débora fueron, sencillamente, tan increíbles como maravillosas. Aunque la luna cambiara de humor en cada salida, yo me ubicaba siempre en el mismo banco, y el rayo de su apacible luz llegaba a la hora exacta. Por suerte, además, nadie me molestaba: yo no tengo amigos. Acá nadie tiene amigos, muchos se confunden; tanto tiempo juntos en un mismo lugar que algunos terminan por creerse verdaderos amigos. Entonces sucede algún imprevisto, un accidente sin importancia, y ya, enseguida se desatan las discusiones. Y acá, como se sabe, las discusiones son a muerte, por un simple entredicho te meten fierro por la espalda y sanseacabó, a otra cosa. Por suerte yo no cuento tengo amigos.

Como decía, nuestras primeras citas no pudieron ser mejores; se sucedían, sin que nadie nos molestara, amparadas por cielos estrellados y mares calmos. En algún momento, y aunque no recordara exactamente cuándo o por qué, débora me hizo creer que habíamos sido secretamente bendecidos por alguna deidad. Que nuestra unión había sido predestinada por la magnánima Afrodita o por el supremo Poseidón; y a nosotros, a la hermosa débora y a mí, el gran Capitán de los mares, sólo nos restaba retribuir la bendición recibida con un sacrificio: la distancia.

Sé que muchos me desacreditarán argumentando que miento, que exagero, que mi locura de horizontes me atrapó en algún momento como un chaleco de fuerza; pero está bien, no me preocupa, esos son y serán los mismos que permanecen ocupados en su mentira diaria. Sólo yo sabré el verdadero significado de cada distanciamiento, los cuales, aunque más no fueran para cumplir con mis tareas diarias arriba del barco, me introducían en un abismo esquizofrénico, cruel y sin sentido. Tan real, tan verdadero, como la vívida experiencia de cualquier sueño.

## II.III

Muchas veces, en la vorágine del viaje, es difícil distinguir la realidad (¿la realidad?); me pierdo en incontables laberintos mentales, claustros para el corazón, nudos para el alma.

¿Y qué se esconde en el placard? ¿Quién maneja los hilos de nosotros-marionetas? Marionetas jugando a ser seres, hablando sinsentido en una función interminable y que nunca jamás deja de ser función inútil. Salvo que recordara. Salvo que descubriera quién está detrás, o lo que es mejor... qué quiere. Tantas veces me pareció *Ver*, y sin embargo no recuerdo, todo se ha confabulado para que pronto lo olvide o para que aquello que era tan *claro, tan obvio,* perdiera su sentido. Sólo quedan jirones de libertad, o el vago garabateo de saber que nada es importante por sí solo, sino la eterna búsqueda, la pieza que encaje con la anterior, y esa con otra, y así... Tal vez alguna súbita trampa se abre cada vez que un olor o una mirada de reojo nos transporta a *la conexión*. Una trampa como un agujero negro en la mente, y enseguida todo vuelve a nada y es mejor volver a la televisión, al laburo, al triunfo del liberalismo.

El *secreto* es un oasis; tarde o temprano todo vuelve a un amor vagabundo, a un atardecer que se apaga, a elefantes pisando sobre el camino que conducía... a...

Sigo en búsqueda de ese secreto, y mientras tanto, el reto es como una aberración, una constante insoportable, mil odios y tristezas, la vida en su casa y de chancletas mirando la humedad en la pared… Caminar la desesperación, correr y no poder huirla, chocarla de frente cuando había quedado atrás. La espera vacía, la vida cada noche temible, en cada llegada que no es el secreto.

Y así, como un ancla descendiendo directo hacia los abismos oceánicos, mi espíritu se adentro despaciosamente en las oscuras fauces de la obsesión. Claro que recién ahora logro entender el verdadero motivo por el cual nunca pude abandonar los fugaces encuentros con débora. En cada oportunidad en la que yo acariciaba esas páginas, sus palabras besaban mis heridas cotidianas. Pero todo vira tan ferozmente que, cada vez que yo llegaba hasta ella, me encontraba llegando a un lugar donde todo se volvía tan extraño, tan confuso, que pronto llegué a preguntarme cuándo estábamos juntos realmente y cuándo todo era sólo una ilusión de mi mente pretendiendo confundirme. débora parecía estar siempre tan *a mano* y, al mismo tiempo, tan insoportablemente lejana.

II.IV

Soy un excelente navegante. Soy fuerte y decidido (eso lo saben todos aquí), pero en mi interior también tengo remansos de meditación y conflicto (eso no muchos lo saben). El mar me conoce, conoce mis estados de ánimo, me *ve, c*omo yo lo *veo* a él. ¡Llevo el mar en mis venas y soy tan grande como él! ¡Soy poderoso! ¿Quién, en su sano juicio, osaría contradecirme conociendo las consecuencias?

Nadie. Nadie, salvo débora. Ella hizo conmigo siempre lo que quiso; cuanto más quería yo controlarla, más fácil encontraba ella la manera de doblegarme y tenerme a su merced. Con los años, he aprendido a controlar casi todas las situaciones que se dan en alta mar mediante la observación, el estudio detallado y la infalible conclusión resultante. Pero, para bien o para mal, o mejor dicho, para *su* bien y para *mi* mal, la aplicación metódica de esta fórmula, con débora, jamás me resultó. No había caso, ella no aceptaba lo indiscutible de las ciencias exactas, y, como si sus creencias (o la falta de ellas) fueran su vida misma, lograba escurrirse fácilmente de entre mis deducciones lógicas.

Muy a mi pesar, débora contaba con esa extraña cualidad de hacer que los dados jamás cayeran como yo lo pretendía.

# CAPÍTULO III: Amor De*b*orando

Por Débora

El humo se mantiene sobre mi cabeza como una densa nube; no hay corriente de aire que lo disperse, no hay viento desde ningún punto; entonces la nube se expande lentamente, me rodea, me va dejando blancamente ciega; a través de un túnel cerebral busco esa carcajada repentina que oigo desde lo lejos, que le abre camino a mi vista de entre la blancura.

Abro los ojos: el cielo azul del mediodía caribeño es apenas tajeado por suaves algodones lejanos, el mar esmeralda comienza a moverse desde lo lejos hacia *nosotros*. Se nos viene el agua. Se acerca hacia la roca de más de metro y medio en la que estamos sentados, con las piernas colgando columpiándose libres hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, y ya llega primero el estremecimiento y la espuma pero enseguida el agua, la ola que estalla en un arco iris de gotas saladas que *lo* bañan y regresan calmas hacia *lo* que las impulsó desde el infinito. Un barco a lo lejos, atravesando horizontes entre lengüetazos embravecidos; el viento aquí, apenas una cosquilla en algún rincón de las preocupaciones que ya ni preocupan.

Me busco y no me encuentro; no me alcanzo a reconocer ni en mi propia risa, porque tal vez ya no río... Aspiro y exhalo entrecortada, sin borrar la sonrisa que no está y

que dónde habrá quedado. Nosotros ya no somos *nosotros*, pero él no lo nota, mientras una nube gris se va apoderando del paisaje, pero *él* no lo nota, nunca lo ha notado, y yo por qué *sí*, por qué…

El agua que viene de nuevo, que nos salpica y se va, el calor del sol me molesta, ahora a me molesta cuando antes nos quemaba, nos ardía aquí profundo en el pecho, y ahora...

A lo lejos una lluvia torrencial; el barco se hunde y que se hunda nomás, qué me importa, si yo estoy acá y no *allá donde él querría,* estoy acá *justo* cuando el agua se avecina irrefrenable para ahogarnos, y *lo veo todo desde acá, desapegada ya, a salvo*, escribiendo esta historia, con mis piernas colgando columpiándose libres hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás van y vienen, van y cuando vienen chocan secas contra el borde metálico de mi cama aquí en mi habitación.

*Lo siento, Capitán,*
*fui y vine por usted;*
*pero el viento, la vida*
*o vaya a saber qué,*
*no me han dejado más*
*que un par de hojas sin ordenar.*
*De todos modos le juro*
*que no me voy a olvidar,*
*por más que nada, nada*
*vaya a quedar;*
*seré justa, ante mi deber*
*y todo será expuesto*
*tal como es,*
*tal como fue.*

*Lo siento, Capitán,*
*no me culpe por esto.*
*Usted verá*
*yo ya no puedo continuar.*
*No querría usted*
*acusarme de no intentar;*
*no me querría, tal vez,*
*usted, y nada más...*
*Di vueltas una y otra vez*
*busqué, intenté;*
*pero no hay caso, créame,*
*la historia no es más*
*que algún que otro papel*
*al derecho o al revés, no sé.*

*Lo siento, Capitán,*
*tendrá que entender.*
*No es cuestión de ganar*
*o de perder;*
*cuando a mi me duele*
*tanto como a usted,*
*si yo soy la misma, si*
*la misma minúscula*
*la misma que ahora es* **"D"**.

*Y esas mil maravillas*
*que lo hicieron delirar*
*fueron viajes, sueños... pesadillas,*
*pero jamás, jamás realidad.*
*Mi vida es tan cierta,*
*la suya, sólo mi creación, ve.*
*Yo debo continuar,*
*mientras usted*
*se acabará por ahogar.*
*Ahora sabe,*
*que no lo quiso ver;*
*lo siento, mi Capitán.*

Débora

# CAPÍTULO IV: Amor De*b*orando

Por El Capitán

"El barco se hunde"
Pieza en un acto

Personajes (por orden de aparición):
El Capitán
El Contramaestre
El resto de la tripulación
Débora (la muchacha que no aparece)
El barco (se hunde)

## ACTO PRIMERO
### Cuadro Uno

La fragata "*Beatricce*" surca los mares con una única misión: encontrar a débora. Una regia tormenta cae sobre el navío despiadadamente. Rayos y centellas. La tripulación acude a sus puestos; los que estaban dormidos son despertados inmediatamente. En la desesperación, los oficiales a cargo no han notado la presencia de un iceberg gigantesco frente a ellos. Choque. Estruendo. Mayor desesperación. El contramaestre baja las escaleras hasta el camarote del Capitán, quien se encontraba allí recluido hace ya varios días.

Se encienden las luces y la escena muestra al Capitán sentado en su cómodo sillón del camarote, fumando,

bebiendo su inseparable J. Walker, repasando de forma desordenada sus notas.

(Plan plan plan: el puño cerrado del contramaestre golpea la puerta del camarote del Capitán)

El contramaestre: - *¡Capitán! ¡Capitán!...*
(El Capitán levanta la vista por sobre sus anteojos y la dirige a la puerta)
El Capitán: - *¡Váyanse, déjenme solo!*
El contramaestre: - *¡Capitán! ¡Por favor, salga del camarote! Tenemos una seria avería en el cuarto de máquinas... ¡el barco se hunde, Capitán!*
El Capitán (primero frunce el ceño, se muestra preocupado, pero luego responde enfurecido): - *¡Váyanse, les digo! ¿Qué no escuchan? ¡No me importa! ¡Váyanse!*
(La escena gira hasta detrás de la puerta; allí la tripulación entera se amontona a los costados y por detrás del contramaestre)
Toda la tripulación: - *¡Capitán, salga! El barco se hunde, no es joda. Sólo usted puede salvarnos.*
El Capitán: - *¡No me importa! ¡No me iré de aquí sin débora! ¡Escuchan, imbéciles!*
El contramaestre (se le está acabando la paciencia y se ve obligado a mentirle como a un chico): - *Capitán, la niña débora está aquí con nosotros... (breve silencio, el contramaestre hace como que habla con alguien en susurros) Capitán, débora dice que si usted sale le da un beso, sino se va con nosotros.*
El Capitán (se pone de pie y levanta un puño con ira): - *Mataré con mis propias manos a quién se atreva siquiera a*

*acercársele. ¿Oyeron? ¡Nadie, nadie puede igualar mi amor por* ella*!... Nadie...*

(El Capitán se quiebra en llanto y cae de rodillas. La tripulación se retira con la cabeza gacha; algunos comentan: "no hay caso, che, que ahogue sólo", y se van) (La luz recae sobre El Capitán, arrodillado, el resto queda en penumbras)

El Capitán: - *débora, mi amor, ¿dónde estás? No importa, esperáme, mi amor, voy por vos. ¿Me escuchás, donde quiera que estés? ¡Te odio, débora! ¡No lo soporto más, quiero verte, no puedo esperar más! ¿Me escuchaste bien? ¿Dónde estás, débora? ¡Te odio... Te amo! ¡Basta! ¡Basta! ¡Ayúdenme! ¿Qué me pasa? Me estoy volviendo loco! Voy por vos, débora. Nadie merece tu amor más que yo. Yo y sólo yo...*

(Se apaga la luz. El barco comienza a hundirse lentamente)

El barco se hundía, si.  Tarde descubrí que yo ya nada podía hacer nada para salvarlo.  Terminé de leer, cerré el libro y levanté la vista.  Y allí afuera estaba Ella.  Ya no una niña indefensa, sino Ella, mujer. Ilusión o realidad, por primera y única vez yo la veía.  Me miró; luego "*Encendió un cigarrillo.  Hizo aros con el humo.  Puso las cenizas en el cenicero, sin hablarme, sin voltearme a ver.  Se levantó...*"[4] Y cerró el libro.

En ese instante el barco comenzó a hundirse.  Todos desesperados, incluso yo, saltamos al agua.  Yo nadé y nadé, logré subirme a una balsa y remar y remar hasta... el borde de una página.  ¿Triste descubrir que en realidad yo soy el títere de alguien más?  No, para nada.  Al menos, soy el protagonista.

Yo soy El Capitán, y ésta es la historia de mi muerte.

---

[4] Déjeneur du matin, Jackes Prevert

## Orientación

Oriente es, según la Real Academia Española: "Punto cardinal del horizonte por donde aparece el Sol en los días equinocciales"; y Orientación: "Acción y efecto de orientar y orientarse.  Posición y dirección de una cosa con respecto a un punto cardinal.".

¿Has pasado alguna vez por la sensación

de estar perdido hasta el caos y más allá?

¿Has tenido alguna vez que enfrentar la soledad,

el pánico atroz de perderlo todo,

de soltar las amarras?

¿Has sentido alguna vez el temor vertiginoso

de estar fuera del alcance

de la Nave Nodriza?

Desorientación es la pérdida del oriente.

Es la pérdida de ese punto o certidumbre que, con respecto a otras, nos mantiene, precisamente, orientados, ubicados. Perded esto y estarás perdiendo vuestras certidumbres, lo que *es* y lo que *debe ser*, lo que nos afirma. La vida, entonces.

Pero supongamos que todo este asunto de que nuestra vida dependa de esta certeza así, de esta seguridad, como podría ser, por ejemplo, una casa establecida, un trabajo en un horario determinado y fijo, de una rutina diaria, fuera simplemente una estafa, una gran estafa. Sólo el ejemplo mayor, más auténticamente global en años y años, de siglos de La Gran Mentira.

Supongamos que, sólo cuando te atrevas a *dejarlo todo,* cuando te ausentes sin permiso, cuando *te atrevas a soltar* esa mentira, será cuando realmente empezarás a vivir tu vida,

La Vida que nadie te diga cómo llevar,

ni cuándo ni hacia dónde.

Supongamos que *será* recién ahí, recién entonces

*cuando volverás a Ser* verdaderamente libre.

# Abundancia Creativa

… y del tintero salieron más cuentos

1999-2009

# Paradoja

*El beneficio*

*De hacer todo rápido*

*Es no pensar*

*Escribir es un acto del pensamiento*

*Y el corazón*

*Que brilla en la libertad*

*Del vivir sin tiempo*

*Ni condicionamientos mentales*

**A**quí donde me encuentro, estoy a punto de asesinar brutalmente a una de las criaturas del Señor. No espero misericordia –aunque sé que Él la tiene−; no solicito piedad – aunque sé que Él la brinda.

Este relato no es más que la exposición detallada de cómo una mente aparentemente simple y bondadosa también es capaz de planear y llevar a cabo un acto despiadado sin el menor de los resentimientos.

Desde hace ya más de dos años, nos reunimos todos los martes en una casa de la calle Lambaré un grupo de escritores de poco renombre pero alta estima. Algunas noches –las más iluminadas por las filosas discusiones y el cizañero alcohol– se me cruzaron imágenes fugaces de reuniones muy anteriores y en otros suburbios, aquellas en las que probablemente Bioy desafiaba a Borges con anagramas atemporales, mientras Silvina se paseaba risueña, o Xul buscaba la trama para su próximo juego. Aunque el tiempo sea una espiral, probablemente la vorágine y el asedio inclemente del neoliberalismo de estos días nos posicionen en un futuro no tan espléndido como el de aquellos. O quizá, en el mejor de los casos, nuestro camino sea más bien el de los “imaginadores de

Boedo[5]", tan poderosos como los que recibieron los laureles de la academia, pero definitivamente más sombríos y despreocupados.

Para retomar el relato, ubico entonces al lector en la noche del martes dos de abril de 2008. Aquella transcurría como tantas otras en las que los varones nos deteníamos en discusiones políticas, mientras las mujeres –como siempre– marcaban los momentos de avance y objetividad. Como si la reunión tuviera forma de ritual, todos manteníamos nuestros lugares en el salón, formando un círculo en el que las sentencias encendían el fuego que los silencios hacían contraer y expandir constantemente. Antes de que el timbre sonara, vislumbré la figura de una mujer a través del vidrio de la puerta (mi lugar en la ronda así lo permitía). Me levanté suave pero prontamente para evitar interrupciones y fui a abrir: era Dafne. Despreocupada, gentil y de suave andar, Dafne es, probablemente, una de las mayores exponentes de la poesía suburbana de estos tiempos. Nos saludamos cordialmente y, manteniendo ese halo de discreción, nos incorporamos a la charla. Dafne tomó un lugar desocupado –decir vacío sería inadecuado–, y algunos reverenciaron su llegada con una sonrisa o un movimiento de cabeza.

---

[5] *Con "Los Imaginadores de Boedo" se hace referencia a aquellos poetas –como Roberto Artl, Almafuerte…- a los que se los contrapuso, por su espíritu combativo, "los de Florida" –Borges, Girando, Bioy Casares… -, y que, ciertamente, recibieron menos elogios que estos últimos.*

Creo que se debatían jugadas de ajedrez en el tablero de una ciudad prohibida para los artistas callejeros, cuando lo vi acercarse. Para ser más preciso, antes sentí su presencia que su sombra. Desde algún recoveco oscuro, el gato negro de la casa entró en el escenario iluminado de la ronda y se me fue acercando sin mirarme. Viví un deja vu: unos instantes antes, el mismo gato me había traspasado por debajo de la silla y se subía al televisor apagado en la esquina opuesta. (Luego yo tendría que abandonar el misticismo de los planos paralelos al comprobar que no era el mismo gato.)

Ya ajeno a la discusión, seguí con la mirada los movimientos del felino. Efectivamente se acercó hasta mí –yo no me movía en el recuerdo de ese instante, y no me moví−, alzó su vista, mantuvo su mirada incisiva, y luego esquivó mi silla por detrás. Durante el tiempo que volvió a aparecer en el campo de mi visión, permanecí inmutable a pesar del frío que me recorrió la espina dorsal. No sé a qué le correspondió esa sombra gigantesca que se deslizó en la pared frente a mí, justo detrás de otros integrantes de la reunión. Se escuchó una carcajada generalizada y desperté al hecho de que hacía rato que había perdido el hilo de la conversación. Decidí encender un cigarrillo para disimular la distracción. Tomé mi cartera, saqué el encendedor, abrí el paquete de cigarrillos, extraje uno, volví a apoyar la cartera en el piso, me puse el cigarrillo en la boca, encendí el fuego, como un tonto sonreí con el cigarrillo entre mis labios, acerqué la llama… Fue entonces que escuché el grito.

—¡Ay, me mordió!

Era la misma Dafne, tomándose el antebrazo derecho con la mano izquierda, el ceño fruncido y un claro gesto de profundo dolor. La discusión se suspendió unos instantes.

—¿Eh?, ¿qué pasó?–se oyó una voz sobresaltada.

—Me mordió…—repuso Dafne–¡Ese gato de mierda me mordió!

Entre los murmullos, y alguien que se levantaba cual médico de familia lo haría ante tales circunstancias, escudriñé el salón con la mirada. Por favor, présteme atención a esto, porque si algo servirá de atenuante a mi juicio, es lo que describo a continuación. En el mismo instante en el que mi vista se encontró con la de "ese" gato, lo supe: era un impostor, con intenciones terroríficas. Supe de su falsedad porque al tiempo en que la reunión se alborotaba, el verdadero gato (así corresponde llamarlo), invisible para quienes bondadosamente socorrían a Dafne, se mostraba en la escena próximo al impostor. ¿Cómo no comprender a quienes luego volcaron su ira contra "nuestro gato", el gato de la casa, si no lograron ver lo que yo?

Flaco, de pelaje completamente negro, misterioso y fugaz, nuestro compañero felino era, en apariencia, idéntico al otro… Pero a pesar de la historia que todo

gato negro carga sobre sus hombros, éste jamás hubiera sido capaz de semejante ataque.

Muchas de las paranoias y realidades de las enfermedades, contemporáneas de esta sociedad, surgieron entre las y los presentes. Incluso Ana, nuestra queridísima Ana, poeta y compañera, nos recordó un embiste similar sufrido semanas antes en el mismo lugar. Ella fue quien acompañó a Dafne en las curaciones y el dolor, mientras el alboroto –una vez más– favoreció al maléfico impostor que, indiferente cual asesino brutal en medio de un juicio, continuó relamiéndose las patas y mirándome de reojo. Yo lo hubiera ajusticiado en ese precioso momento, sin dudas, pero a pesar de la congoja general por lo sucedido a Dafne, mi acto hubiera sido juzgado de una irracional venganza; y es precisamente eso lo que estamos luchando por superar en estos tiempos. Así que resistí el impulso. (Sé que también me retuvo la súbita desaparición de nuestro gato negro, y el saber que no habría manera de explicarlo.)

Aquejada por tanto sufrimiento, Dafne fue llevada al hospital de la zona; los que permanecimos en la casa disolvimos inevitablemente la reunión y tiempo después nos retiramos. Seguramente todos caminamos a nuestras casas intentando acallar voces subconscientes que se dejan arrastrar hacia las tragedias.

Dafne se recuperó con el pasar de los días y una fuerte medicación, pero las marcas del horror aún asoman en su brazo.

Una semana más tarde, en la casa de una pareja amiga, alguien mencionó la noticia de que un gato negro, feroz y salvaje, había huido de sus dueños, y merodeaba el barrio por las noches. Una vez más, la ira me brotó sin freno. Al salir de lo de mis amigos, y con algunas copas de más, me dirigí envalentado a la casa de la calle Lambaré, con oscuras intenciones. Era tarde. Al llegar, la puerta estaba cerrada y la calle permanecía en penumbras y silencio. Aguardé unos instantes por una señal del destino... Junto a un árbol cercano, vi una madera larga y contundente. Imaginé entonces cómo sería mi accionar. Y en el precioso momento en el que estaba por levantar ese palo, un gato negro saltó desde la copa del árbol a la vereda. Su salto fue impecable, cayendo sobre sus cuatro patas, justo frente a mí. Me miró como quien mira a su oponente en un duelo. La cuadra estaba desolada. Me debatí nerviosamente entre arriesgar un rápido movimiento hasta el palo, o rezar por que el felino fuera nuestro compañero de siempre. Pensé en aquella vieja frase: "el odio sólo es el producto del miedo", pero no pude relajarme. Y ese gato lo intuía. Nuestras miradas se mantuvieron como debieron mantenerse en los tiempos en los que los felinos, inmensos, salvajes, acorralaban a los hombres... Una ambulancia arremetió en la cuadra oscura y recién entonces el gato huyó. Saltó veloz al alfeizar de una ventana y desde allí volvió a mirarme. Odié su mirada, y eso lo hizo sonreír, macabro e irónico.

Esa misma noche decidí su fin. Esa noche es esta noche. Regresé a mi casa, me serví una copa de licor, y comencé este relato, en el que un escritor asesina salvajemente a un diablo encerrado en un gato negro, con lo único que este escritor es capaz de asesinar: con palabras.

Lunes, Miércoles y Viernes de siete a once en el Pabellón II de Cuidad Universitaria, Horacio Cabrera (de irremediable camisa a rayas y portafolio negro) brindaba magistrales clases de Física I a los recién incorporados alumnos de la Univrsidad de Bs. As. En uno de esos histéricos mediodías (que llueve, que no, que hace calor, que no) de Octubre del ochenta y tres, Horacio llegó a su casa de Caballito un tanto más tarde de lo habitual, por desgracia. Dos patrulleros y una ambulancia estacionados frente a la puerta de su casa le aceleraban el corazón y su acostumbrado andar lento.

—Se mató, Horazio... ¡la Cuqui se mató!–gritaba su vecina La Tota, y no le daba tiempo a la escena.

Horacio caminó por ese pasillo interminable, descascarado, blanco y sucio hasta la habitación del fondo, la que compartía junto a su esposa, la Cuqui.

—Señor, no puede pas... ¡Señor!–intentó el Principal Justo Joaquín sin molestarse en aplicar sus fuerzas para detenerlo.

—Tsss... si quiere ver que vea...—murmuró el camillero del Servicio Médico SAME.

En lo alto de la habitación, con los ojos todavía abiertos (pero sin ver más que oscuridad), la Cuqui lucía penosamente su vestido de flores largo y gastado, un

zapato a medio caer, y esa soga gruesa que le ajustaba demasiado el cuello… demasiado…

El audio de la escena provenía desde el Noblex blanco y negro en la esquina de la habitación, con la voz del diputado Manrique:

*"Yo les aseguro, les prometo, ¡les juro que esto no va a quedar así!*
*Como que me llamó Enrique Manrique... ¡que esto no va a quedar así!*

Y eso era todo lo que registraban los oídos de Horacio, parado en silencio frente al cuerpo frío de su esposa.

Verano histérico del '85

Recuerdo haber estado sentado en el pasto del Parque Chacabuco, a un lado de la fuente principal, de altos chorros de agua y grandes focos de luces rojas y naranjas sumergidos en el fondo, cuando llegaron. Si no me falla la memoria, eran cinco muchachones - como les decían las vecinas del barrio a cualquier grupo de hombre de entre veinticinco y treinta - los que llegaron aquella noche en una furgoneta Fiat. Los dos que venían adelante se bajaron rápidamente y corrieron hacia la parte trasera rápidamente para abrir las puertas rápidamente y dejar salir como fuego a otros dos que sostenían de brazos y pies a su víctima. Encapuchado, encadenado y moviéndose como si sufriera de convulsiones, "la

víctima" no era más que otro muchachote, rodeado rápidamente por el grupete como si fuera un operativo policial. La tropilla enfiló hacia la fuente del parque con alaridos cual bravíos indios del norte. Me puse de pie con la intención de frenar lo que se precipitaba, pero me detuve al pensar que la secuencia no era más que alguna de esas bobas bromas de despedidas de soltero. Ahora lamento haber pensado así. Entre fuertes risotadas y guiñadas de ojos, los amigotes, sosteniendo de brazos y piernas a su víctima, amagaron un par de veces arrojarlo al agua…

—A la uuuuna... a laaaas dooos... y a las... eeeepaaaa...– Se frenaban y reían aún más.

Pero quién no entendió la broma fue "el Loco del Parque", como le decían los vecinos, que en ese momento descendió raudamente las escalinatas que rodeaban la fuente, con una botella de vino en la mano derecha y gritando:

—¡El pueeeblo, carajo... el pueblo quiere saber!

—Callate, loco de mierda… Callate que con vos no es la cosa– le contestaba uno de la barra.

De repente, el operativo parecía había perdido entusiasmo, y encima el encapuchado había caído al piso entre el bullicio general, quitándose la capucha.

—¡Que yo les garantizo... que a nadie lo van a robar! … hip... y que… y que…–intentaba continuar el Loco.

Antes de que pudiera terminar la frase la muchachada decidía continuar la fiesta con él. Renovadamente enfervorizados, lo sorprendieron

agarrándolo de pies y hombros y lo levantaron frente a la fuente como habían hecho con el primero. Entonces sí, no dudé y corrí… pero ya era demasiado tarde…

—A la uunaaaa... alaasdoooss... y alaaaaas...

Tres. El loco Manrique, que no era otro sino Horacio Cabrera, como decía su DNI, cayó a la fuente con los brazos abiertos y de cara a la Luna. Su camisa a rayas finas rojas y verdes se infló y sus zapatos rotos se zafaron enseguida de sus pies. Seguramente algún cable en mal estado, la reputa que lo parió, un cortocircuito en las luces bajo el agua, la reputísima madre que los re parió… qué se yo…

Tal vez aquella noche, desde los destellos mortales de la fuente, el alma del loco Manrique, el bueno de Horacio, se haya reencontrado con la de su esposa, en algún lugar. Que tengas buen viaje, Loco…

## Coger nos ilumina

*"No está demostrado, ni mucho menos,*
*que el lenguaje de las palabras sea el mejor posible"*
ANTONIN ARTOUD

**C**oger nos ilumina, viejo, como globos llenos de aire que explotan y entonces el aire contenido mirá si es luz brillante que se esparce en una onda que abarca todos los planos. Y cuando abarca todos los planos ya sabemos…

Y eso que hablo del sexo en sí, eh, sin rodeos, dale que dale sin pensar ni elucubrar, dale que dale, sexo y sexo. La marihuana por ahí también, o el vino, dale que dale. Entrar en un profundo, en un exacerbado y profundo estado zen… Un profundo y exacerbado estado de meditación sin premeditación, sin una búsqueda, simplemente ahí, simplemente llega.

Si, de acuerdo, los extremos se tocan, pero habría que ver. Para unos la iluminación llega con el péndulo allá, en la luz; para otros acá, dale que dale, coger y coger y después no te quiero ni ver, eh, estoy buscando sin buscar, estoy buscando la luz en plena oscuridad.

En el trencito vamos todos, en eso no hay vos o yo, y las vías hacen un camino que parecerá recto pero gira, va girando, lentamente, y ya veo una espiral. Ahora, por ahí el tren va en reversa, marcha atrás, dale que dale. Porque me gustaría verte a vos, que ya subiste tres peldaños – y digo tres nomás, que no es nada pero tres

peldaños son tres peldaños. Sería como estar haciendo todos los goles en un juego, todos los goles de lujo, y de repente ¡zas! las anotaciones eran todas en contra. Y ahora qué…

Pongamos una escena como para darle marco de cuento, o diálogo en este caso. Entonces es de noche, la fiesta del libro independiente y alternativo está concluyendo, por esta noche. Entre escritores obreros que van y vienen llevando y trayendo tablas y caballetes, cervezas y risas, dos payasos charlan sentados en el cordón de una vereda que fue paseo de feria: ella una payasita de circo errante, él un artista con nariz de payaso…

Payasa: - un tipo adinerado compró tiempo… después se pelea con los dioses, al tipo le quitan los honores del tiempo y el tipo tiene que devolver el tiempo… esos son los recuerdos: cosas que ya viviste pero que te las habían robado, y ahora te la devuelven, pero a destiempo…

Payaso: - ¡Pero no!, entonces en realidad no existimos… ¿hasta qué momento te devuelven?

Payasa: - El problema es ese… Te devuelven ciertos recuerdos, y ciertos recuerdos no… “el eterno resplandor de una mente sin recuerdos”…

(silencio… o ruido de calle… )

Payaso: - viste, cuando uno está por dilucidar algo… "importante", te mandan estos "agentes", estos tipos, estas cosas, para que no puedas hilar nada más…
Payasa: - ¿dónde estábamos?
Payaso: - ¿eh?
Payasa: - dónde estábamos?
Payaso: - No sé…
Payasa: - Vos que dormis en plazas, ¿no tenés miedo a dormir en la calle?
Payaso: - No
Payasa: - …
Payaso: - No, eso me reconforta, ver esa imagen del cielo… me reconforta
Payasa: - Ah
Payaso: … es como una presencia de seres galácticos, ahí…
Payasa: - Nombrame la formación de los seres galácticos del ´86… ¿cómo formaban? Nombrame, dale, hijo de puta, te tenés que acordar
Payaso: - Si, era… mahoma al arco, jesús, pacal votan, gandhi… mmm. No, gandhi no entraría ahí, claro… buda entraría
Payasa: - No, pero entró gandhi porque buda se lesionó…
(*aplausos*)
Payasa: - Lo lesionó zeus
Payaso: - qué, ¿zeus estaba "del otro lado"?
Payasa: - y, nunca se sabe, juega para el que le conviene
Payaso: - ¿escuchaste lo que acabás de decir? Que la filosofía occidental hizo mierda a la oriental

Payasa: - uy, boludo, es verdad… qué buen nombre para un artículo que hable de eso… partido que se define la historia, zeus lesiona a buda… quino tiene un cuento bárbaro, dice que hay un partido entre unos tipos de trajes y celulares contra otros que son pobres y viejos… y los de traje pueden hacer lo que quieran, hacen trampa, la agarran con la mano, y el árbitro no les dice nada… hacen lo que quieren, y así ganan… zeus lo lesionó a buda… zeus no quiso golpearlo, pero buda se empecinó… se empecinó en ponerse adelante, y bueno… al final parece que buda puso la pierna a propósito, para que lo pateen…
Payaso: - ¿la viste el juego de arcibel?
Payasa: - ¿cómo se llama tu hermano?
Payaso: - ¿mi hermano? ¿y en qué momento te dije que tengo un hermano?
Payasa: - …
Payaso: - qué, ¿es un juego telepático?
Payasa: - no, no, vos me contaste hoy que tu hermano…
Payaso: - Rómulo
Payasa: - Romulo
Payaso: …
Payasa: - y entonces, zeus patea a buda
Payaso: - y a buda lo cambian por gandhi, que está todo bien con gandhi, pero buda…
Payasa: - si, si… igual, gandhi es una figura respetada por el sistema, así que le desconfiamos… porque el chabón entregó su vida, fue un mártir, y a vos te hacen creer que así se soluciona la pobreza y la opresión… y

entonces hay que regalar ropa y comida y como decía gandhi hay que poner la otra mejilla…
Payaso: - si… ese es el mensaje que da el sistema. Ahora, hay otro mensaje, que viene por el lado de gandhi, que sí que está bueno. (acá hay un deja vu en quien está transcribiendo la grabación: esto ya lo hice) el tipo se plantó a los poderosos, y no hizo nada, eh, es el no-hacer, la protesta fue no hacer nada… no trabajaba, ni esto ni lo otro, nada, ¿entendés? El no-hacer, dejar de funcionar para el sistema…
Payasa: - va, una huelga de hambre…
Payaso: - no, no es sólo eso…
Payasa: - si, claro, ya sé, ellos pensaban lo mismo que vos y dijeron "eh, no no es una huelga de hambre, no es ese el simbolismo que le queremos dar… queremos decir otra cosa…" y bla bla bla… y resulta que sí, que al final querían decir eso… no, no, no, y bla bla bla
Payaso: - ¿y vos qué proponés?
Payasa: - …
Payaso: - claro…

cambio y fuera

Payasa: - ¿sabés que es la pata-física?
Payaso: - La esposa del pato que se recibió de física
Payasa: - Ayer estábamos en la universidad de quilmes, con una amiga, y en eso viene un amigo y dice "ahora me hice pata-físico", ¿y qué es pata-físico? Es el arte de poder imaginar soluciones mágicas… y digo, "uu, qué bueno", y me dice, "si, te metés en internet, y ahí hay

páginas y te fijás"… danos un ejemplo, le dije… bueno, a tu amiga se le rompió esa etiquetita, la pata-física diría agarrá el cosito roto, enrrollalo en tus anteojos, ponelo un anoche entera en la mesita de luz, y al otro día, al desenroscarlo, el objeto estará arreglado. Me pareció increíble

Payaso: - Yo pensé otra: con el barrito ese que hay justo antes de llegar al río, cubrirlo, dejarlo una semana, y…

Payasa: - Claro, está muy bien, esa sería otra

Payaso: - …

Payasa: - se nos fue un poco el tiempo de las mano, se nos hizo muy tarde

Payaso: - ¿por qué se nos fue el tiempo? Yo creo que está, pero está en otro lugar… (ella canta una melodía que habla del tiempo)

Payasa: - no sé que dice la canción, pero yo pensé… este… con esta canción te regalo mi opinión… es como que yo tengo un sistema que… es como el efecto de la computadora, que tiene cargado… que vos ponés en el word currículum, y te pone currículo…

Payaso: - lo detesto, si, lo detesto… es esa corrección de la que hablábamos… es como una trompada cuando vos estás diciendo

Payasa: - si, viene y ya no te acordás más de nada de lo que estabas diciendo…

*Y tranquilamente todo podría recomenzar, como en una espiral… o una calesita*

# Encuentro fugaz en la eternidad

*"La duplicación del signo implica que a cada día sigue otro día,*
*lo cual engendra la representación del tiempo y,*
*simultáneamente, puesto que se trata del mismo cielo*
*que se mueve con fuerza infatigable,*
*la representación de la duración, plena de fuerza,*
*en el tiempo y más allá del tiempo,*
*de un movimiento que jamás se detiene ni paraliza,*
*así como los días se siguen unos a otros a perpetuidad."*[6]

La casa parece vacía; el jardín abandonado. El musgo creció sobre las paredes como una boca de la tierra tragándose la inmensa construcción que se yergue sobre una loma, blanca entre la arboleda de álamos, silenciosa como el paisaje de campo. Casi todas las habitaciones están deshabitadas, salvo una, en el tercer piso, que se distingue apenas del resto por las cortinas abiertas. La habitación es amplia y da al sur, a la celeste inmensidad del sur. Como en todas las habitaciones – incluso las que permanecen cerradas –, el polvo se acumula sobre los muebles. Un ropero viejo de tres puertas; una cama de dos plazas que supo albergar abrazos y gemidos, ahora yace casi desnuda, cubierta a medias por unas sábanas

[6] *Del I Ching o Libro de las Mutaciones*

arrugadas y por dos almohadas apiladas sobre un solo lado; una araña colgante, en la que sólo una lámpara de las cuatro funciona. En el piso, alrededor de la cama, dos pares de zapatos de tacos altos y unos vestidos desparramados son como esas hojas testigos del otoño…

Ha caído la noche; el reflejo de la luz de la luna llena atraviesa el alfeizar del ventanal y se alarga en el piso de madera hasta acostarse como una sombra blanca sobre la cama. Apenas rozado por ese reflejo luminoso, un escritorio de buena madera duerme bajo la ventana.

Muerto. La noche es abierta y fría; el viento helado golpea una de las hojas de la ventana dos tres cuatro veces, la ventana tiembla dos tres cuatro veces y se abre bruscamente, golpeando contra la pared, abriéndole paso al viento que entra como aliento muerto en la noche abierta y fría.

Hojas. Algunas hojas amarillentas de los álamos cercanos se desprenden de las ramas, surfean las olas del viento, y también entran en la habitación. Las hojas caen lentas, acumulándose sobre otras hojas, hojas de papel, blancas, ordenadas sobre el escritorio.

¿Vida? Sin el menor ruido, surge de pronto una mano fría e imperceptible; la mano sostiene las hojas blancas sobre el escritorio, aguardando que el aire se serene. El aire se serena; enseguida – como si hubiera un

movimiento en el tiempo -, la otra mano levanta una lapicera y moja la pluma en un tintero en desuso pero todavía lleno de tina negra. La prolongación de los dedos, de las manos y los brazos son la imagen fantasmal de un joven reclinándose frente al escritorio, junto al ventanal abierto.

Sin embargo, escribe…

Dime, Amor, cómo alcanzarte,
Cómo escudriñar tu cuerpo hoy.

Arrancado mi corazón desde aquél día
Como hoja que cae del árbol antes del otoño

Arrastrado por cada rincón
Como polvo por el viento

No logro quebrar el hielo
De tantos cuadros vacíos

Recuerdos reincidentes…
¿Dónde estás, Amor, ahora?

Dónde el aire de tu aroma
Dónde las palabras de tu aliento…

El péndulo me arrastra vertiginosamente

de la desesperación a la inercia

Y sólo los alquimistas saben
Cómo prolongarse en el centro

Si cada quien sortea sus propias miserias,
Yo, mi Amor, yo

Ya creo haber sorteado
La material empresa del hombre

He saldado mis deudas, y ahora,
en este campo desolado,

Pregunto dónde estás, Amor,
Dónde estás…

Tiempo. Una nube pasa lenta. En toda la casa no hay un solo reloj que gire sus manecillas; en kilómetros a la redonda no hay un solo cuerpo que modifique el transcurrir del tiempo.

El presente pasado. Como la irrupción violenta de un trueno, el sonido de unas llaves choca la cerradura de la puerta de entrada al caserón. Una mujer joven pero cargada de sombra, empuja y abre. Envuelta en sufrimientos mudos y un vestido negro, atraviesa el pasillo de recepción, y antes de subir la escalera, se

detiene frente al gran salón comedor. Lo observa a través de sus puertas de vidrio; el oscuro salón se enciende con imágenes de un vals apasionado, de miradas hambrientas y gestos sensuales… Imágenes de una pareja joven discutiendo cuando ya todos se habían ido… Imágenes de sexo desenfrenado sobre la mesa, y luego las caricias y el amor como un bálsamo de vida.

Ella vuelve del Infierno mismo, sin respuestas, sin estrellas que alimenten sus brillos, sin almas que sacien esa sed, en un letargo incierto e interminable. Cómo sucedió, por cuál de las puertas se fue la vida del brazo de él. Ella sube las escaleras sintiendo que en realidad desciende al inframundo. Abre puerta de la única habitación todavía habitada –si pudiera decirse así– de la casa, en el tercer piso. Entra, respira, y al exhalar un aire blanco sale de su boca, un frío helado le recorre la espina dorsal. La habitación está en completo silencio, salvo por algunas hojas que se han arriesgado a través de la ventana abierta y se agolpan sobre el escritorio. La mujer avanza y se para junto a la ventana; apoya una mano sobre el escritorio, y mira hacia el sur, tan árido y vacío como ella. Sólo el viento… sólo el viento….

¿Qué le impide dar unos pasos y dejarse caer como una hoja sobre la cama? Nada, ya nada… Así se desploma sin más y las sábanas levantan polvo. Su brazo izquierdo se apoya sobre el lado frío y deshabitado de la cama; su mano siente la ausencia y se cierra, arrugándose, arrugando las sábanas. Una lágrima se le escapa, se desliza sobre la mejilla rosada sin freno… y cae sobre su

pelo ondulado… La mujer clava su mirada en lo alto del techo, y susurra…

Dónde estás…

El susurro parece duplicarse como un eco simultáneo. Ella cierra los ojos y una raja se abre en la noche. Ya no hay adentro ni afuera, abajo ni arriba; sólo un velo que se corre y un encuentro fugaz… en la eternidad.

# El laberinto secreto

*Aquí hay un cuento posible. Se presenta la situación, los personajes, y el conflicto que los convoca a la acción. Como un brote que descubrimos surgiendo en algún lugar de nuestro jardín, aquí está relato que don Genaro dejó abierto y que yo propongo que lo continúes…*

---

*"Somos enigmas para descifrar,*
*perfectos cromosomas para alterar"*
Perfectos Cromosomas
Fernando Ruíz Díaz

Solían meterse en problemas a menudo. Eran cuatro, tres varones y una mujer: Rubén Denis, el gordo Silvio, el flaco Pablo y La Bruja. Todos rondaban los cuarenta, y aunque hacía años –más de veinte– que no se veían, se volvieron a juntar cuando el flaco Pablo lo llamó al gordo y éste a Rubén para que encontraran a La Bruja, que se había peleado fiero con los viejos y nadie sabía dónde estaba ahora.

Los tres varones se juntaron en la esquina de la casa de los padres de la Bruja, para hablar con ellos y preguntarle bien cómo fue la cosa. Como la última vez que habían ido a la casa de la Bruja, el papá los había sacado corriendo por jipis drogadictos herejes, al gordo se le ocurrió que podían hacerse pasar por evangelistas para entrar, así que cuando llegaron a la puerta, Rubén llevaba una Biblia bajo el brazo.

Toc toc toc… Rubén golpeó la puerta y el perro ladró…



¡Aliviémonos!
Sólo nos queda continuar la tarea artística
Y arte no significa nada en sí mismo
Es simplemente vivir imprimiéndole poesía
A todo en todo momento
Como una crianza: todo juego todo presente
¡Poesía, oh poesía!
La poesía también es grito y sangre
Viento y marea,
No sabemos qué es la poesía,
Pero si te fijás bien
Está en todas las cosas
Festejemos el disfrute

HASTA SIEMPRE,
D G



*"Un día descubrí que, si quería ser un cazador digno de respetarme a mí mismo, tenía que cambiar mi forma de vivir. Me gustaba lamentarme y llorar mucho. Tenía buenas razones para sentirme víctima. Soy indio, y a los indios los tratan como a perros. Nada podía yo hacer para remediarlo, de modo que sólo quedaba mi dolor. Pero entonces mi buena suerte me salvó y alguien me enseñó a cazar. Y me di cuenta que la forma como vivía ya no valía la pena vivirse... así que la cambié."*

*"Relatos de poder"*
Carlos Castaneda

# "LA MÁQUINA DE LA FANTASÍA"

*-Antología de cuentos de don Genaro-*

Co-creado por **Ariel Francisco Sansolini**

arielfranciscosansolini@gmail.com

Colaboraron en la primera edición: ***María Evangelina Ferrari****: revisión de textos y alta paciencia;* ***Claudio Vidoni****: rescató textos digitalizados de Visiones Fugaces;* ***Germán Legato****: revisión de la obra;* ***Victor Tagliafiglio****: información de armado y encuadernación;* ***Alejandro Villarreal:*** *fotocopias. Apoyo logístico y espiritual:* ***Leonardo M. Sansolini, Paula Castro, Noemí Lucía Giannicola, Miguel Ángel Sansolini****…*

…………………………

**LA CULTURA SE EXPANDE COMPARTIENDO**

## ORTR@S NOSOTR@S

Escritores de , Villa Cdad Parque:
Victor A. Tagliafico, Pablo Dragovezky, Martín Shencman, El Dibiajante

**Músicos autogestionados y recomendados:**
Skalamuchita Orquesta, Fede Rosenmbaun, Dani Graham Bross, Villa Cdad Parque, CDBA
Diego Ujas, Molinari, CDBA, Leo Pi, Lago Puelo; Chubut, Sergio Argüelles, CABA,

**Centro Social y Cultural El Semillero,**
Villa Ciudad Parque, Calamuchita

**Biblioteca Popular de los Reartes**: libros y eventos
Av San Martín s/n, Los Reartes, Córdoba

La **F.L.I.A.**: feria del libro independiente
Blog: feriadellibroindependiente



Gracias
a Diego Rojas, Pablo Strucci, Grisa,
Guille de Posfay, Merluza, Matias Reck,, Alejandro
Raymond, Xuan Pablo Gonzalez… y la F.L.I.A.,
que me mostraron que publicar es un atrevimiento
que no debemos dejar en manos de unos pocos

A los Maestros Alberto Sallas y Alberto Laiseca

A Silvia, de la Biblioteca Popular de Los Reartes
Y al Sr. Jorge Bazán

A las y los que me sostienen e impulsan constantemente:
Hada , Eva, Noemì Lucìa y Miguel Àngel
Matu, Pau, y Leo, Madrina Alicia,
y Toda La Familia

A Abu Tona (estás acá), Abuelo Panchito,
Abuela Lita y Abuelo Tito

A l@s herman@s del Alma: Chiche, Eve, Pi y Laura,
Sergio, Gery, Héctor, Gime, Isma …
y l@s malucos de Villa Ciudad Parque

Gracias a los Árboles
Gracias Madre Tierra

¡Gracias Totales!

*Que la Luz de Amor*

*nos acompañe y guíe nuestros actos*